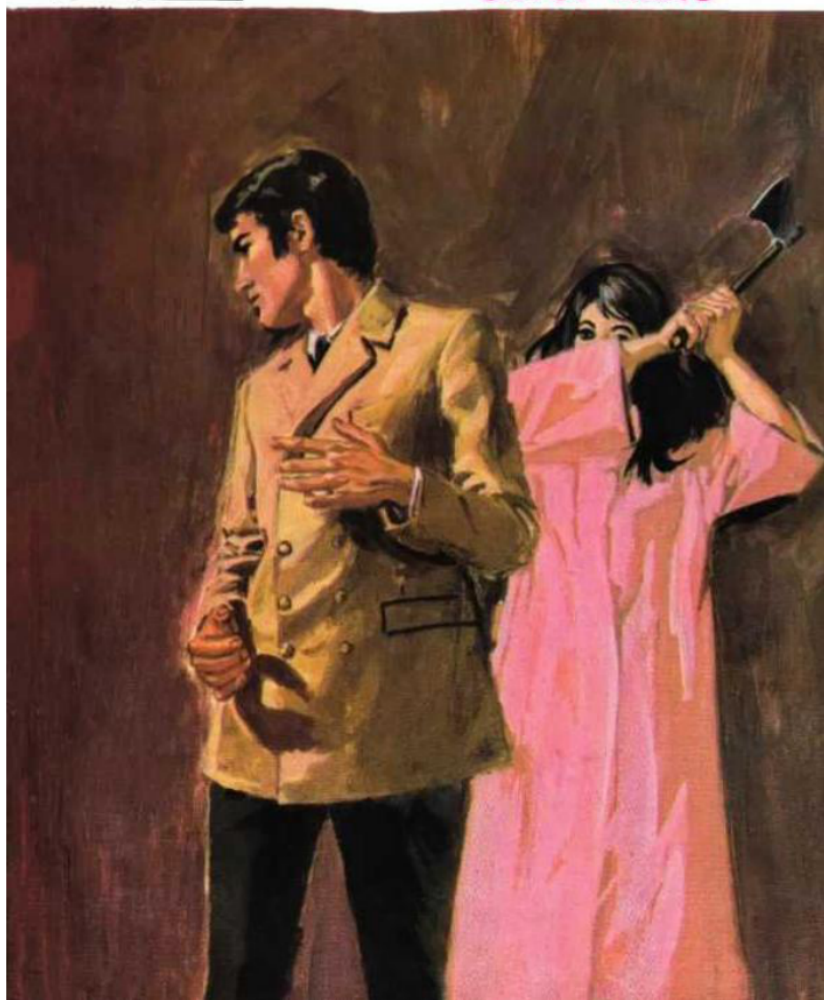




tres diosas quieren matarme

silver kane



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



SILVER KANE

TRES DIOSAS QUIEREN MATARME

Colección **PUNTO ROJO** n.º 442
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 32.656 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1970

© SILVER KANE - 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE:**

1.186. — Especialista en Bancos.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.051. — Los guerrilleros.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección **KANSAS:**

629. — Buscado por asesino.

En Colección **BUFALO:**

885. — Los hijos de Yuma.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección **BRAVO OESTE:**

506. — Fabricantes de difuntos.

En Colección **COLORADO:**

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección **CALIFORNIA:**

709. — Un millón para morir.

En Colección **PUNTO ROJO:**

430. — El color del miedo.

En Colección **ENVIADO SECRETO:**

131. — La última aventura de Johnny Klem.

En Colección **HEROES DE LA PRADERA:**

41. — La vuelta del asesino.

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía unas semanas que yo veía en la tele, por las noches, a un tío que tenía la misma profesión que yo, es decir, investigador privado. Un tío que recibía cada guantazo de espanto, pero al que nunca acababan de matar. Y yo me decía muchas veces: «Si a mí me atizan la mitad que a ese fulano, me derrito».

Bueno, pues me estaban atizando.

Los tres llevaban las peores armas que yo podía soñar en aquellos momentos: llevaban llaves inglesas, es decir esos cuatro anillos enlazados que se introducen en los dedos y de los que salen unos pinchos capaces de dejar sin orejas a una mula. Yo sabía que en cuanto me rozasen me destrozarían la cara. Sabía que podían ocurrirme cosas aún peores. Sabía una serie de mandangas que en este momento más me hubiera interesado no saber.

La cosa ocurría en un solar de la Avenida Once.

No, ustedes no deben conocerlo. Seguro que no conocen ese solar, pero habrán visto otros parecidos. Lleno de inmundicias, de ratas, de trastos, de cachivaches. Había hasta un perro muerto. No faltaba ni la excavadora, porque toda aquella pura ruina iba a ser retirada de un momento a otro. Al poco tiempo habría allí izado un rascacielos desde cuyas ventanas los enamorados tendrían la vista maravillosa de las aguas pútridas del Hudson.

Los tres buitres estaban allí.

Me habían acorralado bien.

Yo acababa de aparcar mi automóvil a la entrada del solar porque creí que allí no molestaría; la verdad es que no había ningún otro sitio donde plantarlo. Pero ellos me habían seguido, cosa que yo no sabía. Y apenas acababa de abrir la portezuela cuando se me echaron encima como si ellos fueran tres violadores y yo una chica inocente.

De inocente no tengo nada.

De chica tampoco.

Vamos, que yo sepa.

Al primero lo envié hacia atrás de un punterazo en tal sitio que él sí que fue chica enseguida. Por lo menos puedo garantizar que como hombre no sirvió en seis meses. Al segundo le largué tal zurdazo al mentón que patinó sobre el capó de mi coche y con su traje lo dejó más limpio que una patena. Al tercero, que intentaba retroceder, lo pude sujetar por una rodilla, le hice dar una cabriola y cuando lo tuve en el suelo le quise atizar en la entrepierna, en el mismo sitio que al otro. Pero me falló la puntería, mi zapato patinó y le di en el ombligo. De todos modos puedo asegurar que el ombligo se le subió hasta las narices, cosa que no es agradable ni para un pistolero profesional como aquél. En realidad el fulano quedó como para pasarse tres meses sentado esperando al médico en una clínica del Seguro.

En menos de diez segundos yo había hecho un trabajo como para quedar satisfecho. A renglón seguido hubiera tenido que largarme de allí. Estaba muy cerca de la calle bien iluminada. Podía haber corrido y luego podía haberme amarrado a las piernas de un guardia pidiendo que me salvase.

Eso es lo que hubiera hecho un ciudadano decente y que paga sus impuestos.

Pero yo no soy decente, y los impuestos los pago lo menos que puedo.

De modo que me quedé allí, queriendo saber quiénes eran aquellos tipos y por cuenta de quién obraban. Terrible error, ya que estaban más enteros de lo que yo había creído.

Fue entonces cuando se pusieron las llaves inglesas.

Mal asunto.

Yo sólo he visto a un tipo muerto a golpes de llave inglesa, en el depósito de cadáveres. Y puedo asegurar que los huesos de una oreja le salían por la mitad de la otra.

Me acordé de aquel pobre tipo.

Y de la pobre madre de los fulanos que ahora tenía enfrente.

Quién iba a imaginar que todos nos queríamos tanto.

Cuando el primero con la llave inglesa vino hacia mí, salté de costado, le golpeé detrás de la rodilla y le hice caer de narices en el peor sitio del solar: el que hasta entonces habían elegido para ver

quién hacia el pis más largo una docena de chavales negros.

Pero el otro ya venía hacia mí. Detuve su puño derecho blocándole la muñeca, me volví de espaldas en un rapidísimo movimiento y le proyecté por encima de mi cabeza, haciéndole dar una vuelta de campana.

¡Tloooooonc!

El tío hundió la carrocería de un coche.

Menos mal que no era el mío.

Pero el tercero ya venía al ataque. No habían saltado simultáneamente, y eso me daba un leve respiro que maldito si iba a servirme luego. A este tercero lo recibí con un masaje al hígado; bueno, fue un masaje administrado con el pie. El tío lanzó un alarido horrible, dio un salto hacia atrás y debió empezar a pensar qué régimen de comidas hay que hacer cuando uno padece hepatitis crónica.

Segunda ocasión para huir de allí. Hasta entonces las cosas me habían salido asombrosamente bien, mejor de lo que esperaba. Debí haber aprovechado la ganga y escaparme a toda prisa.

Pero no lo hice.

Los buitres volvieron hacia mí, y ahora atacando los tres a la vez. Habían aprendido la lección y ya no querían darme más oportunidades para que los zurrase de uno en uno. Quise escabullirme y no pude. Estaba situado de tal manera que mi propio coche me cerraba el paso.

Me apoyé de espaldas en el capó y levanté ambas piernas. Las piernas eran mi mejor arma, ya que resultaban más largas que los brazos de mis enemigos. Quise volver a darle en el ombligo al tío de antes, pero no pude. Ahora fue más listo y me sujetó los pies, aun a costa de sufrir una costalada que le hizo cambiar de sitio todos los dientes postizos que llevaba.

Tiró de mis piernas hacia arriba y me envió al otro lado del coche.

Eso me dio un respiro, aunque quedé en peor situación que nunca. Mientras intentaba agazaparme, los otros dos tipos vinieron hacia mí. Ahora estaban dispuestos a emplear los pies también. Me acorralaron y me deshicieron las costillas.

Yo sabía lo terrible que podía ser aquello.

Si un fragmento de costilla se me clavaba en el pulmón, ya podía

estar listo.

Me revolví, sujeté por el tobillo a uno de mis enemigos y, con todas mis fuerzas, lo alcé por los aires. El fulano dio un salto que yo no había visto desde que era muy pequeñito, y encima en el circo. Cayó sobre un coche y lo abolló, pero con la mala suerte de que ahora el coche era el mío.

Se produjo entonces una levísima pausa que yo aproveché para ponerme en pie. Les prometo que yo entonces ya no era tan idiota como medio minuto antes. Ahora me había convertido en un ciudadano respetable y que paga sus impuestos. Ahora todo mi pensamiento estaba puesto en salir de allí y poder abrazarme a las botas de un guardia.

Pero narices.

Los tres me tenían acorralado, y como primer regalo recibí una caricia de la llave inglesa. Todo mi pómulo izquierdo pareció saltar. Me pareció que mi dentadura cambiaba de lado.

Y a continuación me atizaron otro guantazo. Y otro...

Yo ya no veía nada.

Mi rostro se había cubierto de sangre.

Mis piernas vacilaban.

Pero bueno, a todo esto ustedes querrán seguramente saber, igual que con el tío de la tele, por qué diablos me metí yo en aquello.

CAPÍTULO II

Todo el mundo ha creído siempre que por el hecho de ser yo un investigador privado, me pasaba la gran vida.

Todos mis amigos han imaginado siempre que mi existencia se deslizaba entre cheques de a medio millón extendidos por mis clientes, entre barriles de *whisky* ingeridos en noches de orgía, entre besos de las esposas de mis clientes y entre ropa interior perfumada que éstas se dejaban de vez en cuando en mi despacho.

Ja, ja.

Cuando dejé mi vida de abogado porque era tremendamente aburrida (todo se reducía a peleas entre personas que no parecían ponerse de acuerdo jamás), también pensé que lo de investigador privado se me daría mejor. Pero resultó que mis clientes eran muy parecidos a los que ya había tenido en mi despacho de abogado, es decir gentes con gana de pelea, con la diferencia de que éstos estaban metidos en líos mucho más gordos y procuraban no decir nunca la verdad.

Nueva York, para esas cosas es una ciudad de aúpa.

Hay allí más cantidad de divorcios, de enredos, líos comerciales que se resuelven a tiros y de matrimonios engañándose mutuamente que en todo el resto del mundo.

Claro que yo digo esto porque no conozco el resto del mundo. Supongo que si estuviera de investigador privado en Hong-Kong diría exactamente igual.

El caso es que no lo paso bien.

Tengo ingresos razonables y poseo un bonito despacho en la Sexta Avenida, a la altura de la Calle Cuarenta, a espaldas del gigantesco complejo de edificios del Rockefeller Center. Desde mi ventana principal veo también, por un intersticio entre las moles de cemento y cristal, el rascacielos de la «Chrysler». Dispongo de los

servicios de una secretaria que no está mal —servicios puramente laborables, entiéndase bien—, pero tan dura de mollera y de otras cosas que cada vez que la invito a cenar dice que va a quejarse al Sindicato.

Así estaban las cosas cuando aquella mañana de marzo entró una nueva cliente en mi despacho.

Y fue entonces cuando pensé que quizá mis amigos tenían razón en lo de la buena vida.

Porque mi nueva cliente era una mujer como para subir tras ella en tranvía a una de las pirámides de Egipto.

Y basta, porque si digo muchas cosas acerca de ella, el editor es muy capaz de no publicar este libro.

Bueno, como no puedo decir muchas cosas acerca de ella, diré pocas.

Era alta, llenita —como me gustan a mí— y vestía un traje sastre de excelente calidad y muy ceñido a sus formas. Llevaba zapatos negros de tacones muy altos. Sus medias eran diabólicamente perfectas. Y por si fuera poco, sabía cruzar las piernas.

Como yo estaba boquiabierto, contemplando aquella maravilla, ella me hizo bajar de las nubes diciendo:

—No se entusiasme demasiado. Yo soy casada. Soy la señora Carson.

—Hay casadas de todas clases —aventuré yo.

Me atizó con su bolso en la cabeza, y a partir de aquel momento ya no volví a soltar media palabra.

—Mi marido, Samuel Carson, es un hombre rico e importante —dijo con suavidad, cuando ya estuvo más calmada—. Me extrañaría mucho que usted no hubiera oído hablar de él.

—Es que yo no soy rico ni importante. Mis mejores amigos están en la cárcel.

—Conozco su táctica, me han hablado de usted. Se las da de gamberro, pero ha sido un excelente abogado en otro tiempo. Se codeaba con gente importante y no lo hacía mal. Lo que ocurre es que usted procura hacerse un poco el tonto ante la gente para que ésta gane confianza y hable. Luego saca sus conclusiones.

—¿Cómo me conoce tan bien?

—Varios de sus antiguos clientes me han informado.

—De acuerdo —dije, con un suspiro—, en ese caso le confesaré que efectivamente he oído hablar de su esposo. ¿Qué le ocurre con él? ¿Quizá ha cometido la tontería de engañarla?

—No, no quiero hablar de él.

—¿Entonces su asunto es puramente privado?

—Tampoco lo es del todo. Escuche.

Mientras ella hablaba yo le contemplaba atentamente, y juro que no lo hice sólo porque Stella Carson fuese una mujer bonita. Recordaba en aquellos momentos muchas cosas de su familia, una de las más ricas de todo el Estado de Nueva York, aunque no fuese tan conocida como otras porque sus miembros no habían intervenido en política. Pero los Carson se movían siempre en los círculos más exclusivos y elevados, y costaba mucho —demasiado— llegar hasta ellos. Por ello me extrañaba tanto que una mujer como Stella Carson se hubiera dignado acudir a mi modesto despacho. Ella podía permitirse el lujo de que el mejor detective privado de Nueva York —quien, desde luego, no era yo— entrase en su apartamento limpiando con la lengua las alfombras.

Pero me explicó este punto también.

—Señor Curtis no quiero que en los círculos donde yo me muevo, se sospeche ni remotamente que llevo entre manos este asunto.

—Comprendo. A la gente de su clase no se le ocurrirá relacionarla para nada conmigo.

—Así es, y perdone la franqueza —Stella era muy orgullosa, y a veces, al excitarse, le temblaban altivamente las aletas de la nariz—. Lo que me ha movido a venir ha sido la necesidad de hablarle de mi cuñado Spencer.

—¿Qué ocurre con él?

—No es un hombre de nuestra clase. Está casado con mi hermana Mary, quien prácticamente lo mantiene.

—Ya.

—Nosotras somos tres hermanas. Mary, Judith y yo, que como sabe me llamo Stella. Yo tuve en el matrimonio la suerte que me correspondía tener y me casé con un hombre de mi clase, de mi círculo, y la unión de nuestras fortunas ha dado resultados óptimos. Judith es soltera y por lo tanto no sabemos lo que ocurrirá con ella; en cuanto a Mary se dejó llevar por una tontería, por una

corazonada, y se casó con un hombre que luego ha resultado un estorbo en su camino. Ninguna de las ilusiones de Mary han podido realizarse; ahora sabemos que ya no se realizarán jamás.

—¿Pretende divorciarse? —susurré—. Debo advertirle que no es esa mi especialidad.

—No, no se trata de eso. Jamás en nuestra familia admitiríamos un escándalo de esa clase. Lo que ocurre es más sencillo; simplemente, a Spencer le están haciendo objeto de un chantaje.

—¿Por qué?

—No lo sé. Si hay un punto oscuro en su pasado, yo ignoro cuál es, pero debe haberlo, porque él está atemorizado y paga. En los últimos seis meses le han sacado treinta mil dólares.

—¿No dice que su cuñado es pobre?

—Precisamente por eso he venido a verle, Curtis. Porque la que paga es mi hermana.

Lancé un silbido.

Treinta mil dólares en seis meses. Uno tenía que ser algo así como el asesino del presidente Kennedy para pagar sin chistar una cantidad tan grande.

¿Qué había en el pasado de Spencer? ¿Un crimen? ¿Un vicio inconfesable? ¿O simplemente una señora tan estupenda como su cuñada Stella Carson?

—La situación se ha hecho ya insostenible —siguió diciendo ella—. El dinero no es lo fundamental para nosotros, aunque estas cifras pongan nervioso a cualquiera. Lo que más nos irrita es que esta situación no terminará nunca. Mi cuñado Spencer está terriblemente nervioso y mi hermana Mary va a acabar con su salud.

—Comprendo.

—Lo que pretendo de usted, señor Curtis, es que se entere de quién hace el chantaje a mi cuñado. Que lo descubra y lo haga encarcelar. Todo ello debe llevarse con la máxima discreción y de modo que no quede en entredicho el buen nombre de nuestra familia.

—Por supuesto; ya me hago cargo.

¡Claro que me hacía cargo! Sabía de sobra cómo eran aquellas viejas familias encerradas dentro de su propio círculo, y para las cuales el menor descrédito social era el más fabuloso desastre.

Debería obrar con una exquisita discreción si aceptaba aquel encargo.

—¿Se ve usted capaz de resolver esto, señor Curtis?

—Se lo diré después de conocer a su cuñado Spencer.

—¿Es indispensable?

—Sí. Tengo que darme cuenta de qué clase de hombre es; quiero saber en qué círculo se mueve.

—Está bien; si no hay otro remedio le facilitaré una cita, pero no deberá decir usted nunca que es un detective privado.

—Por supuesto que no; diré que soy un abogado y que les represento a ustedes en un asunto civil; al fin y al cabo no tiene nada de raro porque ejercí la abogacía en otro tiempo. ¿Cuándo cree que me será posible ver a Spencer?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—A las nueve. Venga a casa; precisamente mi hermana Mary y su marido están pasando unos días con nosotros. ¿Sabe ya dónde vivo, señor Curtis?

Me preguntó aquello para pasarme por las narices el sitio donde tenía su domicilio. Los Carson vivían en la Quinta Avenida, enfrente de Central Park, en uno de los sitios más elegantes y exclusivos de Nueva York. Un sitio donde, en plan de dueño, yo no podría poner los pies nunca.

—Estaré allí —dije.

—¿Cuáles serán sus honorarios?

—Aún no he dicho que pueda aceptar el asunto señora Carson. Pero si lo acepto, mis honorarios serán más bien modestos: cien dólares al día, aparte gastos.

—Me parece muy razonable —dijo.

Y se puso en pie.

Yo no la imité enseguida, porque necesitaba estar muy bien apoyado en la silla para poder resistir tan de cerca el espectáculo de su belleza. Empecé a odiar al ricachón de Carson por tener tanta suerte. Ser rico, tener buena salud y encima poseer una mujer como Stella, es algo que, según mi criterio, pasa de la raya.

—¿Qué le ocurre, señor Curtis?

—Na... nada...

—Como me mira de este modo...

—Perdone, estaba preguntándome quién diablos le habrá hecho ese traje tan maravilloso.

—Usted pensaba en lo que hay debajo del traje, señor Curtis. Pero vaya con cuidado. Tengo muy mal genio.

Fue hasta la puerta, y antes de que yo pudiese abrirla se volvió, con la mano ya en el pomo...

—Ah... —susurró—. Por si le interesa, señor Curtis, sepa que mi cuñado Spencer sufre pesadillas. No sé si eso tendrá relación con el chantaje, pero sus noches están llenas de un extraño y secreto horror.

CAPÍTULO III

La casa donde vivían los Carson no era un auténtico rascacielos, aunque constara de veinte pisos. La orgullosa familia ocupaba los tres superiores del edificio y disfrutaban de una serie de habitaciones y de terrazas escalonadas que ofrecían una maravillosa perspectiva de Central Park y la parte norte de Nueva York.

Hasta allí apenas llegaban ruidos y se tenía la sensación de vivir en un rincón de maravillosa paz. Sobre todo después de las seis de la tarde el silencio era casi absoluto, pues con las tiendas cerradas aquella parte de la Quinta Avenida quedaba prácticamente desierta. Desde una de las terrazas, y a través de los huecos entre los edificios más altos, se divisaba la Battery, al fondo, con sus miles de luces. Entre todos los sitios de Nueva York donde a uno le gustaría vivir, aquél era quizá el más envidiable.

Stella, quien ya debía estar de acuerdo con su marido, me recibió en vestido de noche, con los hombros y algo más en estado de desnudez. Me presentó como a su abogado para un asunto civil, pero si llega a presentarme como al barrendero del distrito yo no me hubiese dado ni cuenta.

Su marido, el ricachón Carson, resultó ser un tipo alto y relativamente joven, algo grueso, quien tenía siempre en los labios una sonrisa desdeñosa. La palabra que más veces pronunciaba era *money* es decir, dinero. Bebía cócteles uno tras otro, y de vez en cuando acariciaba a su mujer con cierta ansiedad, como si temiera que se la robasen.

Mientras estábamos en una de las maravillosas terrazas, también me presentaron a Mary, la esposa de Spencer.

Mary era más bajita y bastante menos suculenta que su hermana Stella. Me pareció una mujer nerviosa, reconcentrada y bastante tímida. Apenas me miró, como si se avergonzase ante mí, y eso que no tenía motivo para suponer la causa de mi visita.

—¿Y Judith? —pregunte después de conocer a Mary—. ¿No tenían ustedes otra hermana que se llamaba Judith?

Todos se miraron.

Durante unos instantes se hizo en torno nuestro un pesado silencio, y llegué a avergonzarme de haber hecho aquella pregunta, aunque no comprendía qué de malo podía haber en ella.

Stella me lo dijo al cabo de unos instantes, mientras me miraba con una extraña avidez al fondo de los ojos:

—Más vale que usted lo sepa —explicó—. De nada servirá ocultarlo. Judith está en una clínica mental, o en un manicomio para ricos, si lo quiere más claro. Ingresó allí hace tres meses.

Confieso que aquella noticia no me produjo entonces ninguna sensación. Judith era al fin y al cabo, una sombra para mí. No existía más que como un nombre a añadir a la lista de los Carson. Por esto me limité a decir:

—Lo siento, lo lamento de veras... ¿Grave?

—Suponemos que sí.

—¿En qué consiste su enfermedad?

Stella me miró duramente, mientras su marido hacía un gesto de fastidio ante mi pregunta.

—No nos gusta mantener conversaciones sobre este punto, señor Curtis. Le ruego lo tenga en cuenta.

—De acuerdo. ¿Por qué voy a preocuparme de eso?

Me puse en pie y encendí un cigarrillo. No me molesta ser pobre, sólo me fastidia que me lo recuerden según de qué modo. Me volví hacia Stella y pregunté:

—¿Viven ustedes solos aquí?

Ella adivinó la intención de la pregunta.

—No; está pasando unos días con nosotros también el esposo de Mary. Me refiero a mi cuñado Spencer.

Se puso en pie.

—Por cierto. Me extraña que no esté aquí. Voy a presentárselo.

Me precedió hacia el interior de la casa moviendo suavemente las caderas. ¿He dicho ya que las mujeres me gustan llenitas? Bueno, ésta lo era. Se detuvo ante una de las puertas, después de atravesar sus magníficos salones amueblados con excelente gusto. Llamó con los nudillos, y durante algunos segundos nadie contestó.

—Éste es el dormitorio de Spencer —dijo—. Es capaz de haberse

dormido.

Impaciente, sin volver a llamar, hizo girar el pomo y empujó la puerta.

Spencer, en efecto, estaba en la cama.

Pero estaba de tal modo que inmediatamente me lancé hacia él, conteniendo un grito.

CAPÍTULO IV

Confieso que al principio me pareció que estaba muerto. Tengo una cierta experiencia en fiambres, pero en aquella ocasión me equivoqué. Sólo al abalanzarme sobre él y tomarle el pulso me di cuenta de que éste aún latía, aunque débilmente.

Sin embargo Spencer no presentaba ninguna herida exterior. Más bien estaba como dormido, pero con un sueño parecido al coma.

Stella se acercó a mí. Percibí su aliento cálido ligeramente cargado de *whisky*.

—¿Qué ocurre? ¿Es que se ha suicidado?

—¿Por qué supone que ha tenido que suicidarse?

—No se ha movido de aquí en toda la tarde. ¡Nadie ha podido entrar para hacerle daño!

—¿Seguro?

—¡Puedo garantizarlo!

La mujer debía tener razón. No era fácil entrar en el reducto de los Carson. Por otra parte vi una botellita en la mesilla y eso me aclaró muchas cosas.

Spencer debía haber tragado barbitúricos hasta reventar. No había muerto pero podía hacerlo si nosotros no nos dábamos prisa en atenderlo. Que se trataba de un intento de suicidio, no ofrecía dudas.

—Llame a un médico, pronto —exigió—. No se moleste en llamar al de la familia. A un médico del servicio de urgencia si hace falta. ¡Al que pueda venir antes!

Ella dijo rencorosamente:

—Más valdría dejar las cosas así ya que él lo ha querido. Sería la solución para Mary...

—Eres tan bonita como salvaje —dije tratándola sin ninguna ceremonia—. Voy a llamar al servicio de urgencia yo mismo. No me

fío de una pantera como tú.

Cosa extraña, me di cuenta de que a Stella le gustaba que le hablasen de aquel modo.

Se movió voluptuosamente, mientras me señalaba el teléfono.

—Ahí lo tienes, y oye.

—¿Qué?

—Mi marido no me trata nunca de ese modo.

—Peor para él.

—Por eso debe resultar tan aburrido...

No hice caso. ¿Quién podía hacer caso de una mujer tan extraña como Stella Carson? Además había de por medio un hombre que podía morir si yo me distraía. Tomé el teléfono y marqué uno de los numerosos servicios médicos de urgencia que hay en Nueva York.

Me prometieron que estarían allí en cinco minutos.

Entretanto penetraron también en la habitación Carson y su cuñada Mary, es decir la esposa del hombre que ahora estaba a pocos pasos de la muerte. Mary no lanzó un solo grito, no dijo nada, pero me pareció que estaba pasando uno de los peores momentos de su vida.

En cuanto a Stella, se sentó en una butaca, cruzó las piernas y aguardó.

Cuando vino el médico de urgencia lo primero que vio fueron las piernas de Stella, y por poco se queda tieso.

—¿Es esa... la... la... señora que... que necesita mi ayuda?

—No, carcamal. Es ese tipo a punto de convertirse en fiambre.

El médico dio un brinco, se colocó junto a Spencer y lo primero que hizo fue ordenar que saliésemos todos de la habitación. El único que permaneció en ella fui yo. El médico pidió una ambulancia enseguida y luego hizo un lavado de estómago a Spencer con los medios de que disponía. Sólo ocho minutos después ya se llevaban al esposo de Mary.

Detuve al médico que salía tras la camilla.

—¿Grave?

—Sí, pero se salvará.

—¿Seguro?

—Lo garantizo. La cosa era muy espectacular, pero no tan aguda como creí en el primer momento.

—¿Creo que se trata de un intento de suicidio?

El médico me miró como si yo bajase de la luna.

—Oiga, amigo, nadie se traga una montaña de somníferos por distracción. Si ese hombre las engulló, sabía lo que se hacía. ¡Infiernos! ¡Desde lo de la pobre Marilyn Monroe, hasta los tíos con barba quieren parecerse a ella!

Yo quedé solo.

Bruscamente en la casa se había hecho un gran silencio. No parecía el lugar elegante y mundano que yo conocí al entrar, y eso me inquietaba, me daba la impresión de estar desprevenido.

Encendí un cigarrillo, mientras reflexionaba.

El intento de suicidio de Spencer indicaba que el chantaje era mucho más grave de lo que Stella me había dicho. Al parecer Spencer ya no sabía por dónde salir.

Treinta mil dólares en pocos meses era demasiado dinero, aunque su mujer fuera rica.

Di unos lentos paseos por la habitación, que estaba tan bien amueblada como el resto de la casa y entonces me fijé en algo que no me había llamado la atención al principio.

Aquel dibujito.

Era un muñeco en forma de garabato, como los que dibujan los niños. Estaba hecho en color. Representaba —o quería representar— a un hombre con la chaqueta muy larga, una chaqueta con cuadros desiguales y muchos colorines. Los zapatos eran enormes. El cabello estaba pintado de color paja y la nariz muy roja. El conjunto era agradable, pero evidentemente aquello había sido dibujado por un niño con bastante sentido artístico.

¿Un niño?

¿Qué niños había en la mansión de los Carson?

Me volví y entonces me encontré de pronto con los ojos de Stella. Con los ojos y con todo lo demás.

Stella iba vestida como antes, con el traje de noche, pero ahora respiraba agitadamente. Y yo no puedo explicarle al lector lo que pasa con un vestido muy ceñido y una mujer que tiene una respiración muy agitada. No puedo explicarlo porque no me dejan.

—¿Hay niños en esta casa? —farfullé.

—La niña soy yo —dijo con voz ronca.

—Es que... ese dibujo... Ese dibujo pintado en la pared...

Stella ni lo miró.

—Todos se han ido tras la ambulancia —dijo—. Sólo quedo yo.

Me estremecí. En aquel momento, cosa extraña, me sentí tímido. Y es que los hombres, verdaderamente, nos convertimos en animales tímidos cuando son las mujeres las que toman la iniciativa. No sabemos cuál es nuestro papel, no sabemos casi qué hacer.

En aquel momento sólo se me ocurrió decir:

—Eres la loba más peligrosa que he conocido, Stella.

Y resultó que esta sandez era justamente lo que ella estaba esperando escuchar.

Spencer me recibió al día siguiente en su habitación de la clínica, con cara de desenterrado que daba angustia.

—Ya me he enterado de que usted es el hombre que me salvó —pudo farfullar—. Si no llegan a atenderme a tiempo, la diño.

—No le salvé yo. Fue simple casualidad.

—De todos modos gracias... Me han dicho también que es el detective privado que va intervenir en el asunto del chantaje.

—Sí... —Me sentí un poco confundido ante aquella revelación—. Lo que lamento es que se lo hayan dicho. Yo tenía inventada una bonita historia para justificar mi presencia aquí.

—Ya no hará falta... Las cosas han llegado demasiado lejos, y es inútil andar con mentiras y con disimulos. Yo lo que quiero es ayudarle. Si no busqué antes a un detective privado es porque ustedes cobran bastante... y yo no dispongo de un níquel que sea realmente mío. Todo tengo que pedírselo a mi mujer.

—Pero en cambio usted le pedía el dinero para pagar al chantajista. ¿No era peor eso? ¿Y no era más caro, sobre todo? ¿Por qué no fue ella misma la que solicitó los servicios de un investigador?

Spencer suspiró con cansancio.

—Veo que no habla de haber avisado a la policía, que es siempre lo más barato... Tiene razón. Avisar a la policía en casos de chantaje no puede hacerse. Los Carson son gente rica, se deben a su buen nombre. Hubiéramos debido avisar antes a un detective privado que fuera discreto... como debe serlo usted. Pero a Mary y a mí hasta esto nos daba vergüenza. Hurgar en el pasado... ¡hurgar en el pasado es siempre lastimoso! De un modo tácito preferimos guardar silencio e ir pagando, hasta que por lo visto, se enteró de

ello Stella. Stella es diferente, es de armas tomar. Cuando una cosa no le gusta, remueve la tierra. ¿Fue ella quien le contrató, no es cierto?

—Sí.

—Debo advertirle también una cosa. Yo no pedí nunca el dinero a Mary para pagar al chantajista.

—¿No? ¿Cómo actuaban entonces?

—Ella misma iba a depositarlo en los lugares convenidos. Yo jamás toqué uno de esos malditos dólares que estaban destinados al diablo. Cada vez que recibíamos el aviso, ella se encargaba de depositar los fondos.

—¿Cómo recibían el aviso?

—Siempre por medio de un dibujo.

Me estremecí, pero no sé si Spencer llegó a notarlo. Pregunté con voz ronca:

—¿Qué clase de dibujo?

—Siempre un garabato, una cosa parecida a esas que pintan los niños. Venía en un papel y debajo la cifra exigida, con las instrucciones. Espere... En mi cartera está la última de esas cartas. La última que recibí.

Me señalaba el armario, y yo comprendí que allí estaba su americana. La saqué y extraje su cartera. Dentro había un poco de dinero —no más allá de cien dólares— y un papel doblado.

Vi enseguida que el muñeco estaba trazado por la misma mano que el del día anterior en la habitación. Era un simple garabato, un dibujo elemental, pero lleno de expresión y de gracia. Vi también que debajo, en letras y números recortados de periódicos, estaba una cifra:

30 000

dólares. Y las instrucciones: «Depositar en la librería de la Calle Cuarenta y dos».

Arqué una ceja.

—¿Era esto?

—Sí.

—Diablos... La Calle Cuarenta y Dos es muy larga. La más larga de Manhattan; si no me equivoco. ¿A qué librería se refiere?

—A una que está entre las avenidas Octava y Novena.

—La conozco. Pero su esposa, una Carson, ¿entró allí?

—Se había puesto gafas negras... Además fue solo un minuto. Abrió una revista, la primera que se le ocurrió, depositó el sobre dentro sin que nadie lo viese y se fue. Sabía que el chantajista debía estar viéndola. Si usted conoce esta librería, como dice, se habrá dado cuenta de que los clientes tienen derecho a hojear la mercancía compren o no compren. Y no quiero decirle la de tipos que hay que se pasan allí la tarde. ¡Una delicia! Comprendo que para Mary debió de ser terrible, pero la situación lo exigía. No quiso de ningún modo que fuera yo.

Hizo una pausa. Se fatigaba, pero al mismo tiempo parecía tener interés en descargarse de aquella pesadilla. Le dejé respirar con ansia, reponerse, y al final pregunté:

—¿Siempre ha dejado el dinero en el mismo sitio?

—¡Oh, no! Cada vez variaba. Unas veces era una papelera del *subway*, otras en un descampado, algunas en la puerta de un sitio tan concurrido como un campo de béisbol. Siempre variaba, y siempre Mary tuvo la sensación de que nuestro enemigo andaba cerca, espiándonos. Pero nunca pudo verle.

—¿Lo conoce ella?

—No.

—¿Y usted?

—Tampoco.

Me reí. Me reí de mala gana, con una risa de sapo que daba dolor de cabeza.

—No me diga, Spencer. No me diga que pagaba usted treinta mil machacantes a un duende.

—No... Usted no me comprende. Lo vi una vez, pero no sabía quién era.

Dejé de reír. Me di cuenta de que Spencer se fatigaba mucho, por momentos.

—Por lo que me ha explicado deduzco que las relaciones entre usted y su esposa son excelentes —murmuré—, lo cual resulta casi conmovedor en estos tiempos. Pero lo que no he deducido aún es por qué le hacían a usted el chantaje, señor Spencer. ¿A qué diablos se dedicaba usted antes de ser el marido de una mujer rica?

Mi falta de delicadeza no le hirió. Sólo dijo:

—Era representante de joyería. Mis clientes nunca eran gentes tan ricas como Mary, ni mucho menos. Pero, cierta vez, enseñando

un muestrario, la conocí casualmente, y nos prometimos.

—Como representante o corredor de joyas, ¿hizo usted algo contra la ley, señor Spencer? ¿Algo que justificara el chantaje?

Sus labios se doblaron. La expresión de fatiga que había en su rostro se acentuó.

Noté que hacía un patético esfuerzo para vencer su resistencia, aquella resistencia natural que le impedía explicarme la verdad de su vida.

Al fin hundió la cabeza.

Susurró:

—Cierta vez maté a una mujer.

—¿Cómo?

—Fue un error... —Alzó la cabeza de nuevo—. ¡Un maldito error! Los dos íbamos borrachos a una fiesta. La hice beber, beber... Nos expulsaron. Seguimos bebiendo en otros sitios —Spencer se había puesto las manos sobre las sienes y se las apretaba frenéticamente—. Yo sabía muy bien lo que quería de aquella muchacha. Ella, al fin tuvo un rasgo de lucidez, se resistió y le di dos bofetadas. Nunca hubiera supuesto que estaba tan mal... Diríase que el alcohol le había llegado hasta los mismos huesos. Quedó tendida en el suelo y dejó de moverse. No tuve valor para atenderla y huí. Eso fue un año antes de que me casara con Mary.

—¿Qué tiene que ver eso con el chantaje?

—Alguien me vio hacer aquello.

—¿Quién?

—No lo sé... ¡Oh, infiernos, no lo sé! Era en un callejón oscuro, cercano a la Avenida Doce. Alguien me veía, pero no hizo nada por detenerme. Más tarde, cuando me casé con Mary, nuestra foto apareció en todos los periódicos del país. Entonces ese tipo debió reconocerme y darse cuenta de que allí tenía una mina por explotar. Recibí el primer anónimo pidiéndome dinero. Siento no haberlo guardado, porque era algo más extenso que los otros, aunque escrito con el mismo sistema. ¿Se fija en el garabato? Son siempre un hombre o una mujer, y dan la sensación de que están muertos.

Me fijé en el papel. Efectivamente así era. Se tenía la sensación de muerte, sobre todo, por el dibujo tragicómico de la boca.

—¿No pensó en resistirse? —murmuré.

—Me dije que, ante todo, era necesario contarle la verdad a

Mary. Además no tenía otro remedio, puesto que no disponía de los mil dólares que en aquella ocasión pedía «para beber un par de tragos a mi salud». Mary, en contra de lo que yo temía, se mostró muy comprensiva y muy discreta. Parecía sentir una especie de orgullo interior que no le permitiría ver a su marido hundido. En realidad desde entonces me ha despreciado, pero nunca me ha negado su ayuda. Las peticiones, que al principio fueron de pocos dólares, subieron y subieron hasta alcanzar cifras más importantes cada vez. Últimamente treinta mil dólares...

—¿Jamás ha podido encontrar la menor pista de aquel hombre?

—Jamás.

—¿Lo ha intentado?

Spencer se indignó. Menos mal que estaba débil, el tío, porque de lo contrario se me sube por las paredes.

—¡Claro que lo he intentado! ¿Qué piensa? ¿Qué mi mujer y yo nos dejamos robar porque nos gusta? Todas las veces que ella ha depositado el dinero yo he procurado estar cerca. Me disfrazaba incluso, para que el chantajista no me reconociera. Pero nada. Jamás lo vi. En el caso de la librería de la calle Cuarenta y Dos, no quité los ojos de la revista donde mi mujer había depositado el dinero. Resultó que se la llevó el mismo dueño.

—¿Podía tener él algo que ver con...?

—Ni pensarlo. En el mismo instante de depositar mi mujer el dinero le llamaron por teléfono. El chantajista debía estar en alguna cabina telefónica pública desde donde podía ver el interior. Mediante unos potentes anteojos debió ver incluso el nombre de la portada de la revista y la pila en que estaba situada.

—Pero un tipo mirando con anteojos desde una cabina pública llamaría la atención...

—Pudieron ser unos anteojos potentes pero pequeños, los cuales quizá estaban preparados para que se los pudiese colocar como unas gafas. Yo he oído hablar de cacharros así. Llamó entonces inmediatamente al dueño y le dijo que se la reservase.

—¿Y el dueño no notaría el bulto de los treinta mil dólares?

—Treinta billetes de a mil, en una revista gruesa, no se notan si uno no presta atención.

—Pero, consiguientemente, el culpable debió entrar muy poco después y reclamar la revista. ¿No pensó en ello?

—Confieso que no... Quedé aturdido al ver que era el mismo dueño el que la retiraba. Lo primero que pensé entonces fue salir enseguida y pedir informes confidenciales de aquel hombre. Pero evidentemente, no había nada de malo en contra suya. Y al retirar la revista, cumplía un encargo rutinario; él ignoraba en absoluto lo que pudiera haber allí.

Sonreí.

—No es usted demasiado buen detective, Spencer. Todo lo que se le ocurrió pensar más tarde debió pensarlo en aquel preciso momento. Sin duda hubiese obtenido éxito.

—Claro, pero... —Hizo un gesto desolado—. Yo no tengo ninguna clase de preparación para afrontar esas situaciones.

—No se preocupe. Lo comprendo muy bien. Y creo que pronto podré dar con el hombre que le atormenta.

Hizo un gesto amargo. De pronto movió la mano derecha, sujetándose con una extraña fuerza.

—Señor Curtis...

—¿Qué?

—Si da con ese hombre, ¿no hablará él? ¿No explicará lo sucedido aquella noche?

—Llegaremos a un acuerdo con él, amigo mío. En cuanto se conoce la identidad de un chantajista se le puede meter en la cárcel con facilidad, y eso a él no le convendrá de ningún modo. Preferirá dejar de explotar la mina y seguir libre. No es tarea fácil, pero ya he resuelto casos así, señor Spencer.

—Comprendo.

—Hay una cosa, sin embargo.

—¿Cuál?

—Parece como si ese chantajista pudiera entrar en el seno de la familia. ¿Quién hizo ayer el dibujito anoche, en su habitación? ¿Cómo pudo entrar allí?

—Eso es lo que no sé... —Spencer parecía completamente desmoralizado—. Fue el ver aquello lo que me hundió. De repente me fallaron las fuerzas y decidí acabar de una vez... ¡acabar de una vez! Me sentía acorralado. ¡No podía más!

—Pues se equivocó. Se equivocó de medio a medio. Pero aquel dibujito me hace pensar que ocurre algo más extraño de lo que yo creía.

—Y tan extraño, señor Curtis —musitó Spencer—. Yo, de usted, no hubiera aceptado ese trabajo. Puede que se deje la piel...

—Ya me la he dejado en las garras de una pantera —dije suavemente.

Pero Spencer no me entendió.

CAPÍTULO V

Sin embargo, aquel tipo blanco como el papel, hecho cisco por los barbitúricos, carcomido por la presión nerviosa a que el chantaje le sometía, resultó tener razón. Spencer me anunció que me dejaría la piel, y empezaron a suceder cosas para que, en efecto, me la dejase.

El chantajista, fuese quien fuese, estaba enterado de todo. Y estaba también en todas partes.

Primero fue aquel atropello «casual» de que quisieron hacerme víctima en la Calle Dieciocho. Yo pasaba con luz verde. Ante mí había un solo automóvil, detenido por la luz roja. Pues bien, el automóvil, que era un velocísimo «Mustang» aceleró de repente, saltándose la luz roja y todo lo que ésta significaba, y fue tras mis huesos en una embestida que me dejó helado. Afortunadamente soy joven y ágil, y una décima de segundo antes pude saltar contra la acera. Por poco me rompo la crisma, pero escapé por unas pocas pulgadas del mortal topetazo. El «Mustang» dio un brusco viraje, como si lo condujera un borracho, y se perdió de vista a gran velocidad. Lo conducía un negro.

Pude ver su matrícula, pero ni me molesté en averiguar por aquel lado. Sin duda había sido trucada.

En segundo lugar me ocurrió lo de la caja metálica.

Yo salgo siempre de mi despacho a la misma hora, y aquella noche me arrojaron desde el tejado una caja metálica de unas cien libras de peso. Lo suficiente para dejarme la cabeza hecha trizas si me llega a alcanzar. Afortunadamente debí dar un paso más largo que los otros, y la caja me rozó la nuca y se estrelló contra el pavimento, haciendo un agujero en éste, como símbolo de lo que hubiera ocurrido con mi cabeza. Subí velozmente al tejado, pero me fue imposible encontrar a nadie. Resultó facilísimo para el aficionado de asesino saltar a otro tejado y deslizarse hasta la calle

por la escalera de incendios.

Pero lo tercero que me ocurrió fue lo peor. Porque en este asunto aparecía mezclada una mujer.

Una mujer a la que me habían definido como una loca.

CAPÍTULO VI

Fue Stella la que me lo dijo:

—Voy a hacerme una fotografía. Han instalado ahora unos magníficos estudios artísticos en Nueva York. Quiero hacerme una foto de cuerpo entero para regalártela.

Yo me quedé un poco pasmado.

Ni yo tenía pretexto para ir más a la mansión de los Carson ni me interesaba encontrarlos. Aparte del hecho de que no quería prolongar más aquella situación, la verdad es que Stella era una mujer a la que no entendía aún.

Y ahora la muy tigresa quería regalarme una foto de cuerpo entero.

¿Para qué? ¿Era aquél un procedimiento cualquiera para tenerme en sus manos? ¿Es que quizá pensaba pedirme más tarde algo especialmente grave?

Estábamos en mi despacho, y ella había venido a pedirme noticias sobre las investigaciones. La luz débil de la tarde arrancaba un brillo mate a sus medias, a la altura de sus rodillas. Iba sin pintar y tenía un aire de mujer sana, fuerte, poderosa, que embriagaba los sentidos.

Stella era como un pozo cuyo fondo no se veía, como un mar bravo que fascinaba, pero donde uno podía hundirse.

—Las investigaciones no han adelantado gran cosa —murmuré—. Por cierto ahora que me hablas de fotografías: Yo no he visto aún ninguna de tu hermana Judith.

—¿Y para qué iba a enseñártela? No sirven para nada. Las guardamos hace tiempo.

—¿Dónde está Judith?

—En una clínica mental, ya te lo dije. Por cierto que nos resulta bastante cara.

—¿Y cómo se llama la clínica?

—Es la del doctor Ferguson, pero tiene un nombre más especial, que nosotros mismos le hemos dado. Nosotros la llamamos «La casa entre la niebla».

«La casa entre la niebla...». He aquí la primera vez que yo escuchaba aquellas extrañas palabras.

—¿Por qué la llamáis así?

—Oh, si tú la vieras harías lo mismo... Es una casa antigua, construida en piedra, y se encuentra en el fondo de un valle. Muy cerca pasa el Hudson, y todas las noches se oye el rumor poderoso del río. No sé qué ocurre, que las aguas al anochecer, siempre transportan niebla. Las luces de la casa apenas se ven, cuando uno avanza hacia ella. La clínica es muy exclusiva, muy cara, y hay en su interior muy pocos pacientes. El doctor Ferguson los atiende con mucho mimo.

Anoté mentalmente:

«Clínica del doctor Ferguson».

No me sería difícil encontrarla en la guía médica del Estado de Nueva York. Pensé que quizá sería útil hacer una visita a Judith, pero Stella adivinó mi pensamiento.

—No te aconsejo que vayas allá. No te servirá de nada ver a Judith.

—Probablemente no iré.

—Es un sitio deprimente. Algunas veces, por las noches, los pacientes lanzan gritos.

—Sí, lo comprendo. Los manicomios son incluso más deprimentes que las cárceles. Lo son casi tanto como los depósitos de cadáveres.

Pero yo ya había decidido ir. Sólo simulaba indiferencia para que Stella no me atrapase.

Y Stella se puso en pie.

—Hace mucho tiempo que no me llamas ninguna de las cosas cariñosas que solías llamarme —musitó—. Hace tiempo que no me llamas loba, ni pantera, ni nada por el estilo. ¿Qué ocurre? ¿Es que estás en baja forma?

Yo nunca he entendido a las mujeres, y por eso las cosas me han ido tan mal. Tampoco entendía a aquélla. Sólo sabía que las cosas se iban a complicar si le dejaba tomar la iniciativa.

Disimuladamente apreté el botón con el cual llamaba al

despacho contiguo a mi secretaria.

Ella acudió en mi ayuda, abriendo la puerta, un par de minutos más tarde, pero para entonces yo ya estaba sin respiración.

De todos modos supongo que mi secretaria pudo aprender muchas cosas mientras nos estaba mirando. Y debieron parecerle muy interesantes porque no lanzó un grito hasta tres minutos después.

Claro que lo que vio en aquellos decisivos minutos, conmigo no ha querido practicarlo nunca.

Escapé hacia la clínica del doctor Ferguson lo más aprisa que pude. Era ya de noche cuando enfilé el Lincoln Tunnel, que atraviesa el Hudson y comunica el Estado de Nueva York con el de Nueva Jersey y me lancé a una rauda carrera por la autopista que lleva a Boston.

La clínica del doctor Ferguson estaba señalada en un desvío trece millas más allá. Se tomaba entonces una carretera secundaria y luego otro desvío obligaba a tomar un camino estrecho, entre copudos árboles, que ascendían hasta la colina. Desde allí se divisaba un ancho meandro del Hudson y un profundo valle, en el que había una casa.

Comprendí por qué le habían dado aquel extraño nombre.

Era bastante grande, estaba construida en piedra y tenía los techos de pizarra. Un jardín muy ancho y bien cuidado debía servir para que por él paseasen los enfermos. Todas las luces estaban encendidas, y supuse que así debían permanecer la noche entera, a fin de evitar el que alguien se fugase... En cierto modo aquellas clínicas eran un poco como pequeñas cárceles.

Pero de todo eso de que hablo apenas podía distinguirlo a causa de la niebla que rodeaba el edificio. Una masa algodonosa y turbia venía desde el Hudson y lo envolvía casi por completo. Reinaba allí una gran calma, que debía beneficiar en gran manera a los enfermos. Pero a mí personalmente, aquel silencio me pareció sobrecogedor.

El camino serpenteaba por entre la colina hasta llegar a la misma puerta de la clínica. Volví a montar a mí «Ford Galaxia» — demasiado grande para aquel camino apacible— y a poca velocidad descendí hasta la puerta de la clínica.

En ésta me recibió un tipo alto, fuerte, que parecía haber

surgido del interior de la misma niebla. No vestía una bata blanca, como es costumbre en las clínicas, sino, detalle sobrecogedor, una bata negra.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Detuve el coche del todo y le miré a través de la ventanilla. Aquel tipo tenía unos ojos apagados, sin expresión, sin alma, y unos puños como mazas. Además, debajo de su ceñida bata, se adivinaba el relieve de una cachiporra.

—Quiero ver a la señorita Carson.

—No es hora de visita. Ahora no puede.

Los investigadores privados estamos acostumbrados a mentir, y a mí no me costó hacerlo.

—Traigo un recado urgente de su hermana Stella.

—Entonces es distinto. Espere.

El fulano vestido de negro desapareció. Tuve la sensación de que se lo tragaba la misma niebla de la cual parecía haber salido antes. Yo descendí del coche y me acerqué a las ventanas del piso inferior.

Un enorme silencio me rodeaba.

Se escuchaba el rumor de las aguas del río, pero mis oídos estaban acostumbrados a él y ya no lo distinguían.

Me sentía sobreexcitado, lleno de aprensión y no sabía por qué.

Mis nervios estaban atentos, como si me acechara algún peligro, aunque no había ningún motivo para temer.

Pero fue eso lo que me salvó.

Fue aquel estado de alerta lo que me hizo oír, entre el silencio el silbido alucinante del hacha.

Me aparté en el último instante, en el último segundo, mientras la hoja de acero pasaba silbando a media pulgada de mi cabeza.

El golpe venía en diagonal y por eso se desvió casi inmediatamente rezándome una hombrera y perdiéndose en el vacío. Inmediatamente oí a mis espaldas un estertor.

Di rapidísimamente una vuelta sobre mí mismo, antes de que mi misterioso enemigo pudiera levantar nuevamente el hacha, y entonces tuve una de las sorpresas más violentas de mi vida. Porque la que había pretendido llevarme al otro barrio con el traje puesto era una mujer.

Si digo que era la mujer más bonita que había visto en mi vida,

nadie me creerá. Los novelistas ponemos demasiadas veces esta frase, el honrado lector pensará que si fuera verdad que existen tantas mujeres bonitas como las que aparecen en las novelas, el mundo sería estupendo porque a cada uno nos corresponderían por lo menos cuatro.

Pero ésta, de verdad, tenía algo especial. Ésta era distinta.

Y no lo digo sólo porque hubiera estado a punto de atizarme con un hacha.

La mujer era tan joven, había en ella algo tan limpio, tan inocente, tan puro a pesar del crimen salvaje que había estado a punto de cometer, que inmediatamente me sentí como anonadado.

No resultaba tan sugestiva como Stella. No tenía la poderosa fuerza de atracción de ésta.

Pero la mujer que ahora tenía ante los ojos hacía pensar que en el mundo aún existen la juventud, la sinceridad, la inocencia.

Cosas en las que, a lo mejor, estaba equivocado, porque la verdad es que ella, tan inocente, tan pura, había intentado librarme para siempre del dolor de cabeza con un hacha.

No intentó moverla de nuevo.

Quedó petrificada mirándome, y entonces yo le retiré el hacha poco a poco de las manos sin que se diera cuenta.

—Tú eres Judith... —dijo suavemente.

Ella hundió la cabeza.

Se puso a llorar.

Sus hombros se estremecían a causa de los sollozos, y su hermoso rostro fue cubierto enseguida por las lágrimas, a pesar de que intentó ocultármelo volviendo tenazmente la cabeza.

—Tú eres Judith —repetí.

—Sí...

—¿Por qué has intentado hacer esto?

Ella no contestó. Sus sollozos se hicieron más intensos, aunque lloraba en un angustioso silencio.

Fue entonces cuando oí aquella voz detrás de mí:

—Vaya, la ha encontrado usted ya. No sé cómo consigue escapar de su habitación.

Me volví. El tipo vestido de negro se encontraba detrás. Con el cuerpo cubrí el hacha, mientras la apoyaba en la pared para que él no la viese.

—Sí —dije—. Ya he encontrado a la señorita Judith.

—¿Se conocían?

—No. Ha sido casualidad.

—Pasen a la sala, por favor. El doctor Ferguson ha autorizado esta visita.

La sala tenía un apacible aspecto de residencia campestre inglesa. Había en ella amplios butacones de cuero, una chimenea con leños encendidos y hasta un enorme perro que se paseaba silenciosamente de un lado a otro. Imaginé enseguida que el perro debía estar educado especialmente para policía. Los barrotes de las ventanas indicaban también que no nos encontrábamos en ninguna residencia.

El tipo vestido de negro se quedó a un lado de la sala, lejos, sin oír nada de nuestra conversación, pero también sin quitarnos ojos de encima.

Judith intentó dominar su llanto.

Iba vestida con una bata gris, muy ceñida, zapatos altos y poca cosa más. Probablemente debajo de aquella bata no había más que su propio cuerpo joven y palpitante. Se la debía haber puesto a toda prisa, en la habitación al oír que yo hablaba con el guardián. Eso indicaba que su ventana debía dar a la fachada, que debía ser de las del primer piso —las cuales no tenían rejas— y que Judith debía tener una agilidad parecida a la de una gata para deslizarse arriba y abajo.

—¿Por qué lo has hecho? —susurré con voz muy suave—. ¿Por qué?

—¡No puedo explicárselo ahora! ¡No puedo!

—Es igual, no te esfuerces. Tampoco ha ocurrido nada —dije tratando de quitar importancia a lo sucedido—. Sólo quisiera saber de dónde has sacado el hacha.

—El jardinero tiene guardada una, para cortar troncos. Sólo yo sé dónde la esconde.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Dos años.

—¿Cuántos tienes ahora?

—Veinte.

Era una chiquilla. Una chiquilla y ya metida en aquel mundo de silencioso horror... ¿Qué habría hecho para que la encerrasen allí?

¿En qué consistía su locura? ¿Era una maníaca homicida tal vez?

La juerguecita que ella se corría con el hacha, lo probaba. A lo mejor ella, tan niña, tan pura, tenía por costumbre decapitar cada noche a un par de tíos para entrenarse.

—¿Por qué estás aquí? —me atreví a preguntar de todos modos—. ¿Por qué?

Contestó lo que dicen todos los locos en estas circunstancias:

—Estoy aquí por maquinaciones de mi familia. Ellos me odian.

Pero añadió algo más, algo que los locos generalmente no dicen:

—Quieren asesinarme —musitó—. Lo han intentado ya dos veces.

CAPÍTULO VII

Intenté tomarme las cosas con calma.

La chica lo merecía, qué cuerno.

Ahora me daba yo cuenta de que, efectivamente, debajo de la bata, llevaba muy poca cosa más. Si acaso una cosita transparente que no tapaba nada. Los pliegues de la bata habían caído a los lados y ella ya no se acordaba de ponerlos bien. Es decir, mal, porque bien ya lo estaban ahora. Yo me hubiera pasado allí no sé cuánto tiempo, hasta que, a lo peor, llamasen mi quinta para ir al sudeste Asiático. Pero al poco rato me avergoncé, porque ella no hacía aquello por coquetería ni para excitarme. Ella, simplemente, no se daba cuenta.

—¿Quién ha intentado matarte? —pregunté, tratándola con la confianza de quien ha visto a una chica todo lo que hay que ver.

—No lo sé.

—¿Ni sospechas?

—Si pudiera imaginar quién ha tratado de matarme, ya habría hecho algo para defenderme —susurró.

No sé por qué, tuve la sensación de que mentía.

Tuve la sensación de que sabía algo o de que al menos sospechaba quién había tratado de matarla, pero se lo callaba. Y no quise insistir más hasta saber qué clase de mujer era, cosa que por el momento ignoraba completamente.

—¿Cómo han intentado matarte? —susurré.

—La primera vez me dispararon con silenciador desde el jardín. Yo estaba en una de las ventanas, completamente sola, cuando la bala vino hacia mí. No la noté, claro. Sólo ocurrió que en aquel instante ladeé la cabeza porque uno de los pájaros que tienen su nido en los árboles había pasado muy cerca, hasta casi rozarme. Capté el silbido y hasta sufrí un pequeñísimo rasguño en una oreja. Si no llega a ser por aquel gesto inesperado, la bala me hubiera

atravesado completamente.

—¿Dónde fue a parar la bala?

—Quedó empotrada en una de las paredes de la habitación. Hasta hizo añicos un cuadro.

—Por lo tanto el director de esta santa casa se daría cuenta de que no mentías —susurré—. Imagino que hizo una investigación e intervino la policía.

—No, no la hizo.

—¿Por qué?

—Dio por descontado que tenía que haber sido uno de los locos... bueno, uno de los pacientes que se hospedan aquí. Efectivamente a uno de ellos lo encontraron con una pistola. Era exactamente del calibre de la bala con la que habían tratado de matarme.

—¿Uno de los enfermos? ¿Y cómo la había conseguido?

—No lo sé. Eso es algo que no pudo averiguarse nunca. A lo que dijo el enfermo supongo que nadie le dio crédito.

—¿No intervino la policía?

—No.

—¿Por qué?

—El doctor Ferguson no quiso, por miedo al escándalo. Ésta es una de las clínicas más caras del país, y el propietario tiene que cuidar los detalles. Además, la ley le ampara. Los pacientes estamos bajo su custodia y somos responsables ante él, no ante la policía.

—Comprendo.

La invité a un cigarrillo.

Ella aceptó. Estaba visiblemente más calmada.

Y me dije a mí mismo que hablaba muy bien para ser enferma. Con mucha calma y con mucho conocimiento de causa. No parecía lo que la gente llama una loca de atar, como la habían definido sus hermanas.

Pero los chalados tienen cosas muy raras.

Decidí no fiarme.

Y pensé que si seguía mirándole las piernas tan descaradamente, el chalado sería yo.

Cambié de postura, colocándome en otra —ya ven ustedes, inocente de mí— que resultó que la veía mucho mejor.

Susurré:

—¿Te has dado cuenta de que a ese enfermo alguien pudo darle la pistola o hacer de modo que la encontrase?

—Claro que sí. Por eso te he dicho que intentaron matarme. Ni por un momento he creído que aquel pobre hombre fuera responsable de nada.

—¿Y la otra vez?

—¿Y la otra vez qué...?

—La segunda ocasión en que intentaron asesinarte, estropear estas piernas tan bonitas que...

Yo me iba entusiasmando.

Ella murmuró:

—¡Cuidado!

Retiré las manos, lleno de vergüenza.

—Es verdad, perdona. Soy un imbécil, soy un...

Y ella me cortó con la mayor tranquilidad:

—No, no... Es sólo porque el guardián nos mira.

Quedé de piedra. Uno con las mujeres nunca aprende.

Pero traté de serenarme y balbucí:

—¿Cómo fue la otra vez?

—Quisieron asegurarse. Me atacaron con un puñal.

—¿Quién y dónde?

—A poca distancia de aquí. Yo había obtenido permiso para salir a pasear. A veces, en los días de buen tiempo, nos dejan llegar hasta el río. Lo hacen para que no nos sintamos prisioneros y ganemos confianza. Aquella mañana yo estaba sola y me disponía a leer un rato en la orilla; pero de pronto aquel tipo saltó sobre mí. Debía ser un mercenario, un sucio asesino pagado. Llevaba un cuchillo. Si yo no llego a ser tan joven y tan ágil, me degüella en unos segundos. Pero me di cuenta a tiempo y lo esquivé.

—¿Pudiste?

Ella sonrió de una forma extraña.

—Con el rato que llevas mirando mis piernas —dijo—, ya podías haberte dado cuenta de que son las de una atleta.

En efecto, lo eran.

Tenía esas piernas preciosas y al mismo tiempo fuertes que tienen las campeonas de patinaje artístico.

—¿Qué hiciste? —musité.

—No sólo lo esquivé, sino que pude hacerle la zancadilla y cayó

cerca del río. Antes de que se recuperara, yo pude huir. Cuando le expliqué al doctor Ferguson lo sucedido, no me creyó.

—¿Por qué no?

—Primero, porque ya no quedaba rastro del atacante cuando yo les llevé al río. Segundo, porque éste es un mundo aparte. Aquí la gente explica muchas historias.

—Me hago cargo. Pero de todos modos era la segunda vez que...

—Sí, la segunda vez que intentaban matarme. El director no quiso escándalos, pero tomó medidas. Ordenó que me vigilaran bien. Se acabaron mis salidas solitarias. Y siempre que recibo a alguien he de hacerlo en presencia de un guardián y de un perro entrenado para protegerme. Si tú intentas algo contra mí, verás cómo ese dogo te deja sin garganta.

No lo intenté, claro. El dogo ya me estaba mirando como si a él también le gustara la chica y yo fuera un rival molesto.

Con un hilo de voz, susurré:

—Pero tú, de todos modos, no te fías, ¿verdad? Y has procurado hacerte con un hacha. Y al saber que alguien preguntaba por ti, has tenido miedo, pensando que era un tercer intento de quitarte de en medio. Y por poco el que se va al Valle de Josafat soy yo.

—Lo siento. No era mi intención hacer daño a nadie, cuando empuñé el hacha. Pero estaba tan terriblemente asustada que perdí la noción de mis actos.

—¿Dónde has conseguido el hacha?

—Hay cerca de aquí un taller para pequeñas reparaciones. En un edificio como éste se estropean mil cosas, y hace falta que un par de hombres cuiden de todas ellas. Incluso parten troncos como esos que ves ardiendo en la chimenea, y naturalmente necesitan tener hachas. Yo birlé una y todavía no la han encontrado. Hasta ahora he podido tenerla siempre a mano porque conozco los escondites de este edificio mejor que ellos mismos.

Hice un gesto de asentimiento.

La chica había cruzado las piernas.

Ni recuerdo de la bata.

Ni recuerdo de nada que no fueran sus piernas obsesionantes, su busto agitado por la respiración, sus labios, su mirada.

Al infierno todo lo que no fuera aquella mujer apasionante.

Estuve a punto de olvidarme hasta del perro dogo y del tío de la

bata negra.

Ella susurró:

—Tendrás que aguantarte, macho.

Me estremecí. ¿De dónde sacaba aquella chica tanta intuición? ¿O tanto se me notaba en los ojos lo mucho que ella me gustaba?

«Tendrás que aguantarte...».

Bueno, no me quedó más remedio.

Uno no es más que un sarnoso investigador privado que debe algún mes que otro de alquiler, que sueña con pellizcar a su secretaria y que falsea su declaración de impuestos.

El fulano de la bata negra se acercó a mí.

—Tendrá que irse, amigo. El tiempo que el doctor Ferguson concedió para esta entrevista ya ha terminado.

Me puse en pie.

—Espero volver a verte, Judith. Y una última pregunta: ¿quién inició el expediente legal para que tú fueras internada aquí?

—Mis hermanas... y los maridos de mis hermanas.

—Comprendo.

—No, no comprendes nada. Y ahora lárgate. El perro te está mirando cada vez con peor cara.

Me largué.

Al salir, me envolvió, como antes, una masa gris. Me envolvió por completo la niebla.

Y hasta en ella me pareció ver reproducidas las formas de la chica. Unas formas subyugantes, succulentas...

Imaginación que tiene uno, caramba...

Tropecé con uno de los setos del camino y por poco hago el salto del ángel sobre la zona del jardín en que tenían plantados los cactus.

CAPÍTULO VIII

Una sucia idea me rondaba por la cabeza cuando, a la mañana siguiente, me fui a un bar de la Avenida Ocho a tomar un desayuno frugal y barato: un bocadillo de jamón de York con lechuga y una taza de café.

Digo que era una sucia idea porque todas mis ideas suelen ser sucias.

Desde que era así de pequeñito.

Mientras sorbía lentamente la taza de café, estaba tan distraído que por poco me barnizo la corbata.

Mi sucio pensamiento no se refería esta vez a una mujer.

Sino a un hombre.

Bueno, no imaginen ustedes lo que no es.

Simplemente se me había ocurrido pensar que Spencer no era tan infeliz como parecía.

Yo había dado como bueno su relato desde el primer momento. Creí lo que él me dijo. ¿Pero por qué había de hacerlo?

De modo que produje un chasquido con los dedos, pellizqué a la camarera a la que pellizcaba todas las mañanas, esquivé un guantazo también como todas las mañanas, pagué y me largué de allí.

Spencer aún estaba en la clínica. Quería verle.

El fulano ya no me pareció tan amarillo como la otra vez. Quizá era un zorro, el muy maldito. Pero de que estaba débil respondo yo. Casi se le caían los dedos de la mano cuando estrechó la mía.

—Hola, señor Curtis.

—No me diga que se alegra de verme, Spencer.

—No, no me alegro. Váyase al infierno. Pero antes de irse dígame si ha averiguado algo.

—Hum... Voy por el buen camino. Por lo pronto ya han intentado matarme.

—¿De qué modo?

Le expliqué más o menos lo que me había sucedido, pero silencié mi visita a Judith.

Spencer volvía a estar amarillo otra vez.

Balbució:

—Este asunto no me ha gustado nunca. Es de lo más sucio con que me he tropezado en mi vida. Pero en fin, ¿qué quiere saber? Porque supongo que, si ha venido a verme, no es para saber si pellizco a las enfermeras.

—No, Spencer. Allá usted con sus manos. Lo que quiero es que me dé unos datos más exactos sobre la chica muerta.

—¿Qué muerta?

—La que apioló usted, qué caramba. La que le cuesta ahora tener que pagar el chantaje.

—¿Por qué quiere saber más? Ya se lo expliqué todo.

—Me interesaría saber el día exacto en que murió y lugar del accidente. Usted ha de recordarlo.

Spencer apretó los labios.

—No se meta en esto, polizante.

—¿Por qué no?

—Me cisco en su pijoja madre —soltó el tío.

Se notaba que empezaba a ponerse nervioso, el muy macho.

Le arreé tal guantazo que por poco salta de la cama para instalarse en la mesilla. A partir de ese momento el tío se amansó. Empezó a lloriquear como una plañidera.

No era más que un gusano mantenido por su mujer, al que de vez en cuando echaban encima unos cuantos dólares para que pudiese poner la tapa al cubo de basura que era su vida pasada.

—No sé qué quiere saber —masculló—. No tiene derecho a meterse en esto, polizante de pega.

—Si he de meterme en un asunto en el que me juego la piel, he de saberlo todo.

—Pues no se meta.

—Estoy hasta el cuello ya. Y las aguas sucias pronto me llegarán a las narices, muchacho. De modo que quiero oler otra cosa.

—Le he dicho todo lo que necesitaba saber. No quiero que el día de mañana sea usted el que me haga chantaje si le explico demasiadas cosas. Hay detectives privados que lo hacen.

—Y entonces les agarran por los sobacos, les meten entre rejas y les retiran la licencia. Y hasta su mujer, cansada de esperarlos, se lía con el vecino.

—Pero usted es soltero. Y seguro que no tiene ni vecinos.

—¡Basta de monsergas, Spencer! ¡Escupa aquí mismo lugar, hora y circunstancias en que apioló a la chica! ¡Quiero saberlo todo! ¡Hasta el color de la combinación que llevaba!

El tipo debió acordarse otra vez de mi familia, pero no dijo nada acerca de ella. Se arrugó.

Por sus explicaciones, pude saber que el hecho había tenido lugar un diecisiete de febrero en la Avenida Doce... No sabía el nombre de la chica, pero me la describió muy bien. También insistió en que había sido un accidente, un lastimoso accidente del que se estaba arrepintiendo todas las horas del día.

Lo dejé hecho un asco.

El tipo lloriqueaba.

Sólo le faltaba caerse de la cama.

Con los datos que tenía, que no eran demasiados, fui a ver al teniente Custer.

El teniente Custer me apreciaba.

Haría cualquier cosa por mí.

Desde quitarme la novia a pisarme un callo, pasando por arrojar mi cadáver descuartizado a los peces del Hudson.

Hace cinco años que nos conocemos y ya lleva cuatro queriendo matarme.

Me recibió con entusiasmo.

—Hola, perro. ¿Qué se te ha perdido por aquí? ¿Qué basura andas husmeando? ¿Quién te ha contratado esta vez? ¿Una viuda que persigue al repartidor de helados de la esquina? ¿O un millonario que desea pedir informes sobre el marido de su secretaria?

Le dije que no. Que era la secretaria la que pedía informes sobre la esposa de su jefe.

—Ah, bueno, entonces es distinto. Escupe lo que sea, pero sin ensuciarme la mesa.

Le dije lo que necesitaba.

Le supliqué que me diera toda clase de informes sobre una chica hallada muerta en tal sitio, en tal fecha y con tales características.

Le aseguré que era vital para mi saber algo más acerca de ella, y si era posible incluso ver unas fotografías *post mortem*.

—¿Con qué la mataron?

—Fue un accidente. Un par de bofetadas estando borracha. Eso es lo que me han explicado, pero supongo que también debió darse un mal golpe al caer.

—Hum... Conociendo el sitio y la causa de la muerte, es fácil dar con los demás datos. Vuelve después de las cinco porque entonces estará libre Hartley, el jefe del archivo. Ahora ha de hacer cosas más importantes que atender a perros callejeros como tú.

Le di recuerdos para su madre.

Después de eso, imaginé que ya no podría poner nunca más los pies en la Brigada.

Pero volví a las cinco.

Hartley estaba libre, en efecto.

Con las patas sobre la mesa, leía entusiasmado una revista en cuya portada se veían dos chicas haciendo de Adán y Eva.

Me recibió también muy afablemente.

—El teniente me ha dicho que vendrías. ¡Uf, qué asco...!

—Quizá te haya dicho también que se trata de una chica muerta.

—A mí me gustan las chicas vivas. Vete al diablo.

Le puse un papel con todos los datos sobre la mesa. Los llevaba apuntados cuidadosamente. El tipo empezó a lanzar maldiciones, pero al fin vino conmigo al archivo.

Resultó que allí no había nada.

Ninguna chica hallada muerta un diecisiete de febrero en la Avenida Doce.

—¿Existe la posibilidad de que no fuera hallada hasta algún tiempo más tarde?

—Por lo que tú me cuentas, no. ¿No dice tu cliente que la muerte fue casual y que dejó a la chica abandonada en la calle? ¿Quién es tu cliente?

—No te lo puedo decir.

—Me hago cargo. Es la única cosa de la que me hago cargo. A ver... Miraremos en el apartado de chicas que fueron halladas muertas con algún síntoma de descomposición ya avanzado.

Y sacó una serie de fotos que no tenían nada de agradables. Todas eran como para volverse ermitaño, pero Hartley las miraba

con la fuerza de la costumbre. No le impresionaban en absoluto.

—Hum... Ninguna corresponde a los datos que tú dices. Oye... ¿No será tu cliente un visionario? ¿Un puro y solemne idiota?

—No lo sé, aunque es posible. Y también es posible que no sea tan idiota como parece.

Hartley cerró aquel cajón y empezó a remover otras fichas. Tenía buena memoria, el buitre. De pronto sacó otra foto.

—¿Podría ser ésta?

Me estremecí.

Tenía ante mis ojos la imagen de una muchacha muy bonita, con las pupilas dilatadas por el horror de la muerte. Una expresión de asombro aún había quedado vitrificada en su mirada última. Tenía aún las manos crispadas a la altura del cuello.

—¿Podría ser ésta? —repitió.

—Los datos de la descripción concuerdan...

—Y también concuerda el lugar en que fue hallada: la Avenida Doce. Pero no el día diecisiete de febrero, sino el día dieciséis. Cabe la posibilidad de que tu cliente se confundiera. ¿Qué tal es?

—Un neurótico.

—Bueno, ahí la tienes. ¿Qué pasa?

La miré mejor.

Pasaban muchas cosas.

Una serie de cosas que daban náuseas.

Primera: la chica tenía un aire de inocencia casi virginal. No era de esa clase de mujeres que se emborrachan con un desconocido a las tantas de la madrugada.

Segunda: en la ficha anexa a la foto, figuraba la edad: dieciséis años.

Tercera: en el análisis del contenido de su estómago (detalle fastidioso, pero necesario) no figuraba ni una pizca de alcohol.

Cuarta: la chica no había muerto de un par de guantazos. Por el contrario, en su cuello aún se apreciaban las marcas de las manos que la habían estrangulado.

Hartley masculló:

—¿Qué te pasa?

Yo debía haberme puesto muy pálido.

Pero no me pasaba nada.

Sólo que me hervía la sangre.

—¿Cuál es la situación legal? —murmuré—. Supongo que no ha sido descubierto el culpable...

—No. El caso todavía está abierto. Y te juro que cada vez me gustaría más saber cuál es el nombre de tu cliente. Ni secreto profesional ni narices. Nos das confidencialmente lo que estás husmeando o no te acerques nunca más por la Brigada de Homicidios. Te juro que cuando escupas lo que sepas, no te volveremos a meter en esto. No perderás tu licencia, sino al contrario. Y tu nombre no se mencionará.

Tragué saliva e hice un gran esfuerzo para cumplir con mi deber. Mi deber en este caso era no comprometer a Spencer, sobre todo en un asunto que aún no estaba claro, aunque a mí me diera náuseas.

—Los datos no concuerdan —murmuré—. No puede ser esta chica.

—Pues no hay otra.

—Tendré que hablar con mi cliente otra vez. Yo creo que me ha dado unos datos falsos; ya te he dicho que es un neurótico. Y te prometo que ocurra lo que ocurra, en este caso no pensaré en mis intereses, sino que defenderé a la justicia, Hartley.

—Eso espero. Y no intentes ninguna jugada sucia porque te echaré encima todos los perros de la Brigada. Hala, largo de aquí.

Me largué.

Sobre Nueva York empezaban a caer las sombras de la noche.

Las chicas que salían de las oficinas estaban más despampanantes, más en su punto, más provocativas, más «in» que nunca.

Hala, lo diré. Estaban más tías buenas, para que nos entendamos todos.

Pero yo no las miraba.

Yo estaba decidido, de verdad, a colaborar esta vez con la justicia.

Pero estaba mucho más decidido aún a partirle las narices a Spencer, a machacarle los dos ojos y a comprarle —aunque fuera a plazos— una dentadura postiza.

CAPÍTULO IX

El buitre estaba bastante mareado cuando yo entré otra vez en su habitación. Naturalmente había dicho que no quería recibirme, pero yo convencí a la enfermera, dándole veinte pavos. Al fin y al cabo era Stella la que pagaba los gastos.

Spencer lanzó un respingo al verme.

Se me debía notar en la cara.

Se me debía notar en los ojos lo de que yo quería regalarle una dentadura postiza.

Barbotó:

—Señor Curtis, ¿ha averiguado algo que no le gusta?

—He visto las fotos de la chica. En primer lugar no murió el día diecisiete, sino el día dieciséis.

—Puedo haberme equivocado de fecha... ¡El recuerdo me ha atormentado tantas veces! Pero es un detalle que no tiene importancia.

—No, no la tiene. Pero hay otros.

—¿Otros?

—La chica tenía sólo dieciséis años. Ni un puerco hubiera tratado de seducirla.

—¿Dieciséis años? No los aparentaba. Era una mujer hecha y derecha. Además, no se meta con mis asuntos, señor Curtis.

—No me meteré con sus asuntos, pero me meteré con sus narices.

Al segundo revés, el tío ya escupía sangre. Y al tercero, estaba más manso que una langosta en su salsa.

No se atrevió a pedir socorro.

Notaba en mis ojos que yo era capaz de dejarle sin boca antes de que llegara alguien.

—Tercer detalle —barboté.

—¿Otro...?

—A la chica no la habían matado de dos bofetadas propinadas con mala suerte. La habían estrangulado, que es distinto.

Tembló ostensiblemente.

Sus manos, cada vez más pálidas, se confundían con el color de las sábanas.

—Señor Curtis, yo no lo hice —barbotó.

—Explíqueme la verdad. Le prometo que, si esa verdad me convence, no iré con el soplo a la policía.

Tartamudeó.

Era incapaz de hablar.

Juro que nunca he visto a un fulano más asustado, a un buitre más desplumado, a un tipo como él, que estaba perdiendo las pestañas de tanto miedo que tenía.

Casi me dio pena. Y en realidad comprendí entonces que los que nos inspiran asco nos inspiran pena también.

Él me suplicó:

—Se lo diré todo, señor Curtis.

—Suéltelo.

—No va a creerme.

—Eso se lo diré una vez haya vomitado todo lo que lleva dentro. Hala, adelante. Saque la lengua y empiece a hablar.

—En este asunto está envuelta otra persona, señor Curtis.

—Muy bien; tendré un enorme placer en oír su nombre.

—No puedo hacerlo. Tal vez usted no quiera entenderme, pero no puedo hacerlo. No tengo derecho a envolver a nadie en mi pasado miserable.

—Pues lo siento, pero no crea que me va a plantear ningún problema de conciencia. Es un caso de asesinato. Y puede que me entren unas ganas enormes de decir cosas a la policía.

El tío se arrugó más aún. Era como un gusano dentro de la cama. Se me estaba derritiendo.

—Voy a pedirle un favor, señor Curtis. Un último favor.

—Tal vez no pueda concedérselo.

—Deme unas horas para pensarlo.

—¿Cuántas?

—Hasta mañana por la mañana.

Vacilé... Se me notó en la mirada que yo no estaba muy seguro.

—No voy a escaparme de aquí, señor Curtis —dijo—. Usted sabe

perfectamente que no voy a escaparme de aquí. Aún estoy muy débil.

—De acuerdo, Spencer, pero óigame bien: mañana a las nueve estaré aquí. Y no habrá más aplazamientos. O me explica lo que realmente sucedió, o cinco minutos después estará en esta habitación el jefe de la Brigada de Homicidios.

Él asintió débilmente.

—Se lo explicaré, señor Curtis. Claro que sí... Aunque insisto en que no va a creerme.

Lancé un gruñido y salí de la habitación.

La noche ya había caído definitivamente sobre Nueva York.

Empezaba a verse poca gente por las calles. La ciudad adquiría ese aspecto tranquilo que a mí tanto me gusta. La lástima era que las oficinistas de las piernas succulentas ya se habían ido a sus casas. Ahora no me tropecé más que con unos cuantos negros despistados que bajaban hacia Greenwich Village.

Tomé mi coche y fui hacia el West Side. Y en el West Side quise aparcar. Y me metí en aquel solar donde los cuatro buitres me atacaban con sus llaves inglesas.

Ahora ya tienen ustedes la respuesta. Ahora ya saben ustedes, igual que pasa en la tele, por qué me había metido en esto.

Lo que no saben aún es como saldría.

Ni yo tampoco lo sabía. Se lo juro por mi tercera muela entrando a mano derecha, que es la única que en aquellos momentos no me hacía daño.

CAPÍTULO X

Comprendí que la cosa iba a acabar muy mal para mí. El castigo había comenzado, e iba a ser implacable. Yo sabía que un día después estaría como una de aquellas horribles fotos que me había enseñado Hartley, el jefe del archivo de la Brigada de Homicidios. Con la diferencia de que yo, además, pondría cara de idiota.

Un verdadero mazazo se estrelló contra mi cráneo. Yo comprendí que me habían alcanzado en la sien. Empezaba a perder el sentido.

Y cuando lo hubiese perdido, cuando no fuera más que una piltrafa a los pies de aquellos tipos, ¿qué harían conmigo? Me lo imaginaba. Después de quitarme la documentación y las etiquetas de la ropa, me harían trizas con la excavadora, para que quedase irreconocible. Yo había sido un iluso al pensar en lo de la foto con cara de idiota. Es que a mí no podrían ni retratarme. Necesitarían cinco cámaras distintas para fotografiar un pedazo aquí, otro allá, a la derecha la corbata y a la izquierda los cordones de los zapatos.

Fue eso lo que me obligó a sacar fuerzas de no sé dónde. Fue eso lo que me hizo pensar que o me movía ahora o no me movería ya nunca.

Además, el dolor de los golpes era insoportable.

Yo sentía ahora lo que debe sentir un jabalí herido. Como aquellos malditos se habían confiado, volví a mover la pierna derecha. Encontré algo en mi camino.

El fulano ya no se levantó esta vez.

Debía haber tenido alguna hemorragia. La cosa era demasiado grave para que yo me detuviera a pensar en ella. Los otros lanzaron una sarta de maldiciones y se dispusieron a arreciar en sus golpes. Pero yo esquivé. Ahora me movía con la rapidez que da la desesperación. Dos de los impactos se abatieron sobre el parabrisas del coche, que quedó hecho harina, como seguramente hubiese

quedado mi cara.

Me dejé caer.

En la penumbra de aquel solar hediondo, los muy malditos no supieron si me habían alcanzado o no. Vacilaron un momento.

Yo descargué con todas mis fuerzas el puño derecho y encontré una cara en mi camino. No era tan difícil, porque estaban amontonados encima mío. La cara pareció hacerse fragmentos en el aire. El tipo cayó hacia atrás mientras su mandíbula adquiría la blandura de la mantequilla.

¡Al infierno!

¿Me creerán si les digo que casi me estaba divirtiendo? ¿Qué una especie de furia asesina se había adueñado de mí?

Pero no bastaba con eso.

También hacía falta un poco de precisión, y yo no la tenía. Fallé el nuevo golpe. Y ahora caí hacia delante como un poste. Mi cuerpo produjo un sordo *tloc* en el suelo.

Uno de aquellos gusanos ciempiés quiso patearme.

Le pude sujetar por el tobillo, torcérselo y hacerle caer. El tipo se dio de cabeza contra el coche. Y resultó que la chapa del modelo de aquel año era un poco más gruesa que la del modelo del año anterior.

El fulano se me quedó tieso. Y entonces me di cuenta de que por un momento —un momento que seguramente duraría muy poco— tenía delante a un solo enemigo. Los otros tres estaban gateando y tratando de recuperar las energías perdidas.

Aproveché la ocasión, pero no para atacar, sino para huir de aquella encerrona miserable. ¿Para qué voy a hacerme el héroe? Me habían dado unos golpes terribles; la sangre resbalaba por mi cara y empapaba ya mis ropas. La cabeza me zumbaba. Era absolutamente imposible que siguiera dos minutos más en pie.

Y había derribado a tres hombres. No había motivo para probar suerte con el cuarto.

Pude escapar a trompicones y corrí por la calle tranquila, hasta salir... ¿a qué avenida salí? Nunca lo he recordado exactamente. Lo cierto fue que tropecé con aquel guardia de casi dos metros de altura como si hubiera tropezado con un poste. Creo que me caí. El tipo me llevó medio a rastras al Precinto de policía más próximo, creyendo que salía de algo así como de una pelea de borrachos.

El sargento que estaba de guardia aquella noche me conocía.
Todo lo que se le ocurrió decir al ver mis heridas fue:
—Hum... Me han ahorrado trabajo...

Las sienes aún me seguían zumbando y me dolía la nuca, pero empezaba a sentirme mejor. Los calmantes durante la noche me habían permitido dormir y recuperar fuerzas. Y ahora despertaba otra vez al mundo, un mundo que me parecía del todo distinto, como si yo acabara de nacer.

Miré en torno mío.

Estaba tendido en una cama, en una clínica desconocida y que parecía modesta. Sin duda una de las clínicas de la municipalidad de Nueva York.

Una luz muy clara ya penetraba por la ventana.

Consulté la hora en mi reloj: las ocho.

¡Maldita sea! ¿Las ocho de qué día?

Tenía que ser del día siguiente a aquél en que yo había sostenido la pelea. No era concebible que hubiera pasado más de veinticuatro horas sin sentido. Por tanto Spencer me estaría esperando ya. Tenía que darme prisa.

Yo había quedado con él en que le partiría las narices a las nueve si no hablaba.

Y eran las ocho.

Traté de ponerme en pie y vi que no llevaba mis ropas normales de calle. Estaba vestido con un pijama blanco que llevaba un estampillado donde se leía: «Hospitales públicos de Nueva York». Comprendí que me había convertido en una especie de paciente del Seguro.

Y, como es natural, deseé salir de allí, pero no tenía ni unas malas zapatillas. Estaba empezando ya a lanzar maldiciones en voz alta cuando se abrió la puerta.

Y entró la tripa del sargento que me había interrogado la noche anterior en el Precinto de Policía.

Primero entró la tripa. Luego entró el sargento.

—Hola, Curtis. Yo esperaba que te hubieses muerto. Traía hasta unas flores, caramba.

Y era verdad.

El muy bestia las traía.

Las puso sobre la mesilla, dejándola muy bien adornadita, y

luego me miró fijamente.

—No encontramos ni rastro de aquellos tipos en el solar que dijiste —masculló—, pero en cambio había un coche, el tuyo, que estaba bastante abollado. Daba la sensación de que alguien se había partido la cabeza contra él.

—Claro que sí —dije—, y otros se partieron lo que no era la cabeza. Pero tuvieron tiempo de huir.

—¿Tienes algo que añadir a la declaración que hiciste anoche?

—Nada.

—¿Reconociste a alguno de aquellos tipos?

—No. Eran vulgares pandilleros. Gente pagada para cascarle a uno.

—Si quieres te enseño todas las fichas que tenemos de gentecita así. Hay miles de fotos. Puedes pasarte una semana muy divertida mientras pruebas a ver si los encuentras.

—Déjese de monsergas, sargento. Tengo cosas mejores que hacer.

—¿En qué clase de asunto puerco estás metido ahora, Curtis?

—¿Y por qué ha de ser un asunto puerco?

—Porque todos los tuyos lo son.

—Aunque lo fueran tengo derecho al secreto profesional, ¿no?

—Exacto, mientras no sea un caso de asesinato. Si estás encubriendo a un granuja, soy capaz de hacer que te retiren la licencia y te procesen, Curtis.

Hice un gesto de hastío, como indicando que yo me limpiaba los zapatos con lo que dijera un simple sargento.

Y entonces me encaré con el espejo del lavabo para disponerme a lavarme la cara.

Me asusté.

No sólo tenía unos cuantos parches en las mejillas y las sienes, sino que mi rostro estaba tumefacto e inflado por todas partes.

—¿Pero qué me hicieron esos perros? —mascullé.

—¿Es que ya no te acuerdas?

—Con las inyecciones que me disteis anoche, no me acuerdo ya apenas de nada.

—Necesitabas descansar y por eso te aplicaron unos somníferos. De lo contrario no hubieras pegado ojo, con el dolor de las heridas. Esos buitres iban a deshacerte la cabeza. A estas horas te

hubiéramos encontrado muerto en el solar, si no llegas a escapar a tiempo.

Tenía razón, pero aquello ya era agua pasada. Ahora me interesaba Spencer.

El maldito hijo de zorra de Spencer.

¡Claro que había pensado bien en lo que tenía que hacer! Si me había pedido un plazo, era para tener tiempo de preparar mi muerte. Y yo, el muy idiota, había accedido. Yo le había dado toda clase de facilidades para que me enviase al ataúd con una corona barata.

Pero las cosas habían cambiado. Ahora iba a darle yo jarabe para los huesos.

—¿Dónde está mi ropa? —mascullé.

El sargento me señaló el único armario de la habitación.

—Tenías el traje, la camisa y todo lo demás perdido de sangre. Me he permitido ir a tu casa y traer ropa nueva. Supongo que no te importará.

—¿Espera que le dé las gracias por haber registrado mi piso con ese motivo, sargento?

El tipo se mordió el labio inferior.

—Vete a asarte las posaderas en el infierno —me dijo.

Y se largó.

Era lo que yo quería.

Me adecenté lo mejor que pude, me puse la ropa limpia y salí de allí. Tomé un taxi porque supuse que mi coche estaría en el depósito municipal. Y el taxi me condujo a la clínica donde estaba Spencer.

Mientras entraba, vi que sacaban a un fiambre en una camilla, por una de las puertas laterales. El fiambre estaba tapado hasta la coronilla, claro, y lo llevaban a una ambulancia situada en la parte más discreta del aparcamiento. No me llamó la atención, porque es natural que de vez en cuando saquen a un fiambre de una clínica, aunque sea de una clínica cara.

Me dirigí hacia la enfermera que ocupaba el puesto de recepción.

Una mesita baja sin nada delante. Una chica con las piernas cruzadas. Y yo que voy hacia allí como una flecha, dispuesto a arrollarlo todo y a ver aquellas piernas.

—¿Qué le pasa, señor? ¿Necesita que le atiendan?

Y miraba mi cara, que debía parecer un mapa. Pero yo no me inmuté. Le pregunté con una sonrisa:

—¿Usted es nueva aquí?

—He entrado a trabajar por primera vez esta mañana. ¿A quién desea ver?

—Al señor Spencer. Ocupa la habitación 345.

Palideció.

—El señor Spencer...

—¿Qué pasa? —musité.

—¿Es usted policía?

—Soy investigador privado. ¿Por qué?

Y mostré mi licencia.

Ella seguía estando muy pálida. Yo ya no me acordaba de sus piernas. De nada me acordaba excepto de su palidez y de aquel temblor obsesionante de sus labios.

—A usted puedo decírselo —musitó—, a pesar de que me han pedido que fuera discreta.

—¿Qué ha ocurrido?

—El señor Spencer —musitó—, ha saltado por la ventana de su habitación, desde el séptimo piso. Se ha quitado la vida hace apenas diez minutos.

CAPÍTULO XI

Me volví como un fantasma, siguiendo la dirección de la mirada de aquella ninfa. Sus ojos se habían clavado en la ambulancia que estaba más allá de la puerta, y en la que ya estaban introduciendo el fiambre. Sentí como una arcada en el estómago y fui hacia allí. Ninguno de los que transportaban la camilla pudo impedir que yo alzara la sábana. Debajo estaba la cara de Spencer, la cara del idiota de Spencer, del cobarde de Spencer. ¿O no era tan cobarde, y en realidad lo habían asesinado arrojándole por la ventana?

Algo me dije que no. Ese algo fue la expresión en cierto modo plácida del rostro de Spencer. Era una expresión de hombre que no ha tenido ninguna sorpresa, que ya sabe lo que le espera. Si le hubieran arrojado por la ventana en contra de su voluntad no hubiese tenido una cara así. En realidad había cometido la insensatez de arrojarle por la ventana queriendo.

El de la ambulancia me preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Es usted la novia del difunto?

No le partí la cara porque me dio pena y porque el fulano tenía ojos de padre de familia, de padre de seis hijos de los que sólo tres eran suyos. Tampoco le partí la cara —he de añadir esto— porque el fulano tenía aspecto de poder partirme la mía, que bastante averiada estaba ya.

—No tiene ninguna lesión visible —susurré—. ¿Cómo ha caído?

—Su cabeza está casi intacta, pero tiene el cuerpo destrozado por dentro. Ha caído a plomo desde siete pisos de altura, dando de espaldas contra unas losas de cemento. La muerte ha sido instantánea.

—¿No estaba nadie con él en la habitación?

—Nadie.

La respuesta me la había dado otro hombre que acababa de entrar en escena. Lo miré, volviéndome de espaldas y olvidándome

del cadáver. Era el teniente Janiro, de la Brigada de Homicidios. Como todos, me conocía también. Y, como todos, deseaba verme con la vesícula biliar saliéndome por la oreja derecha.

—¿Qué haces aquí, Curtis? —barbotó, mientras la ambulancia era cerrada y se ponía en marcha.

Señalé hacia el vehículo.

—¿Tu cliente? —preguntó Janiro.

—No. Pero es pariente de otros que sí que lo son.

—Tienes suerte. Los Carson están forrados. Lo menos les debes cobrar a doscientos dólares el día.

—Cien.

—¿Qué te encargaron?

—Ése es asunto mío, teniente.

—Y mío también. Ahora Spencer se ha suicidado y yo tengo que encargarme de seguir su carroña hasta que dé con el culpable, si lo hay. No creas que va a ser una cosa sencilla. Los Carson son gente importante. Verás aquí a los periodistas llegando en manadas, como los lobos, apenas husmeen algo.

Me puse un cigarrillo entre los labios con manos muy poco firmes.

—¿Seguro que se suicidó?

—No había nadie en su habitación, es un hecho comprobado.

Y Janiro me dio lumbre mientras me sacaba de allí.

—Vamos, Curtis, sé buen chico.

—¿Buen chico en qué?

—Dime qué motivos había para que se arrojara por la ventana ese hombre. Dime si había algo contra él, si alguien le asustaba, le extorsionaba... En fin, lo que haya.

—Le hacían chantaje.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Cuerno... Un chantaje a alguien emparentado con los Carson... Debía ser cosa de una montaña de dólares.

—La última vez treinta mil.

—¿Y qué pasaba? ¿Qué ese tipo estaba asustado? ¿Había amenazado su mujer con pedir el divorcio, lo que le ponía en la ruina? Me han dicho que Spencer no tenía ni una perra gorda.

—No, su mujer no iba a pedir el divorcio. Al contrario, le

ayudaba a pagar.

—Entonces, ¿por qué se ha suicidado?

El cigarrillo tembló ostensiblemente en mis labios. Yo hacía unos tremendos esfuerzos para mantenerme sereno, pero no podía. No podía quitarme de la cabeza que era yo quien había amenazado a Spencer. Que le había dicho que...

—Me temo que fui yo quien le asusté —dije—. Llevaré ese peso encima toda mi vida.

—¿Por qué le asustaste?

—Iba a acusarle de un crimen.

—¿Qué crimen?

—Narices, teniente —barboté—. Ya le he dicho demasiadas cosas para ser usted de la bofia. ¿Quiere saber el crimen? El tío había aparcado su coche en zona prohibida. Y ahora déjeme en paz. Necesito pensar, ¿entiende? ¡Necesito pensar durante veinte años seguidos!

Y fui a alejarme, pero él me sujetó por la manga.

—Trato por trato, Curtis. Yo te aseguro que nadie ha matado a ese hombre, sino que se ha arrojado por la ventana por su propia voluntad. Te iré comunicando también todo lo que la investigación adelante. Pero tú dime qué se llevaba entre manos Spencer.

Miré a Janiro. Janiro era un buen muchacho, pese a llevar tantos años sujetando cogotes de delincuentes. Comprendí que me convenía llegar a un acuerdo con él.

—Él creía haber matado a una chica —dije—. O al menos lo afirmaba.

—¿Y la mató?

—Ahora me doy cuenta de que no. Lo malo es que la chica muerta existe, pero no fue él quien hizo el trabajo. Fue cosa de otra persona.

—¿Quién?

—No puedo decirle más, teniente. No puedo decirle más por ahora. Sin embargo le comunicaré lo que sepa. Deje ahora que la familia se entere de la desgracia.

—Se ha enterado ya. Por lo menos he hablado con una auténtica tigresa.

—¿Stella Carson?

—Sí. La vi hace tres meses en una fiesta benéfica. ¡Qué mujer!

No me extrañaría que alguien se lanzara desde un séptimo piso con tal de caerle encima.

Hice un guiño y me largué. No quería pensar en Stella Carson.

Pero las circunstancias me hicieron volver a pensar en ella muy pronto. Sólo tardé un par de días.

CAPÍTULO XII

Ella estaba en los funerales de Spencer.

Spencer podía ser un miserable, un mantenido, un cornúpeta, pero pertenecía al clan de los Carson, y por eso le hicieron unos funerales a la federica. Lo mejor de Nueva York estuvo en San Patricio cuando la ciudad le dio la última despedida. Estaban allí los más notables fabricantes de armas, los más expertos defraudadores del fisco y los más eficaces corruptores de menores de Manhattan. Pero todos llevaban chaqué y sus esposas estaban más cargadas de diamantes que la querida de un viejo rey de Babilonia. Todos los directores de periódicos también fueron invitados. Las notas necrológicas estaban pagadas por la familia Carson. En ellas se acreditaba que Spencer fue víctima de un mareo cuando daba de comer migas de pan a unos pajarillos en el alféizar de la ventana de su habitación, situada en un séptimo piso.

Miré si estaba Judith.

Pero Judith no apareció. Sin duda no le habían dado permiso para salir de la clínica del doctor Ferguson.

En cambio estaba Stella.

¡Qué bendición de mujer!

¡Qué sencillez en su vestido, sin ningún adorno y ninguna joya!

«El muerto al hoyo, y el vivo al bollo».

El vivo a la viva.

Porque Stella Carson lo estaba. ¡Y qué viva, la muy condenada! Recordé lo que me había dicho Janiro acerca de saltar sobre ella desde un séptimo piso.

Ni aunque fueran ocho...

Aquella tarde fui a verla. Lo hice por pura obligación profesional, ya que tenía que informarle de las últimas cosas que habían ocurrido. Bueno, lo de la obligación profesional me lo repetí

un par de veces para tranquilizarme a mí mismo. Stella me recibió en uno de los salones de aquel apartamento que estaba sobre las nubes de Central Park. Al parecer se encontraba sola.

Y todavía iba vestida de luto.

Pocas veces he visto a una mujer a la que sentara eso tan diabólicamente bien.

Se sentó y cruzó las piernas.

—¿Un *Martini*?

—Lo que tú bebas, Stella.

—Yo beberé un *Martini* frío. ¿Qué hay de Spencer? ¿Por qué crees que se suicidó?

—He estado dando vueltas a eso toda la noche.

—¿Y qué?

Me toqué la cara. Ya no la tenía apenas inflada. Aún llevaba un parche en la sien, pero mi aspecto era casi normal.

—Él era un pobre hombre —dije.

—Eso no lo ha discutido nunca nadie. Un estúpido. Un individuo que nunca sería de nuestra clase.

—Por supuesto.

—Parece como si le compadecieras —me acusó.

—En el fondo, sí.

—¿Por qué?

—Tú has sentido un gran alivio con su muerte, ¿verdad? —pregunté, mirando fijamente las torneadas rodillas de Stella.

—No he de negarlo. Ahora, en cuanto transcurra un tiempo prudencial, mi hermana podrá rehacer su vida casándose con un hombre de su clase. No veo por qué razón Spencer te ha de dar pena.

—Quizá porque era un desdichado.

—No veo la razón. Vivía muy bien sin dar golpe.

—Pero era un fardo humano. Y él lo sabía.

—¿En qué sentido dices eso?

—Nunca se acostumbró del todo a vuestro desprecio. Le echabais el caviar como a un perro se le echan los huesos. Se sentía humillado. Nunca vivió a gusto en compañía de su mujer. Y como era un imbécil, fue creándose su vida aparte.

—¿Qué vida?

—Butacas caras en los teatros, botellas de buen *whisky* en los

reservados y alguna que otra amiguita que le dijese que él era guapo y que con su inteligencia llegaría lejos. Eso es todo lo que necesitaba un tipo como Spencer. Le caía la baba cada vez que se metía de cabeza en esa vida. Pero las butacas, las botellas y las chicas cuestan dinero.

—Pero él no lo tenía —dijo Stella, siguiendo atentamente el hilo de mis pensamientos.

—No.

—Y entonces, ¿qué...?

—Por eso empezó lo del chantaje —dije—. Fue su mejor idea. Indicio de que no era tan tonto como vosotros pensabais.

—¿Qué... tratas de decir?

Encendí un cigarrillo mientras susurraba con la mirada siempre clavada en las rodillas de Stella:

—Pues, sencillamente, que el chantajista era él mismo. El chantajista no existía...

CAPÍTULO XIII

Stella parpadeó. Dio la sensación de que no me creía, de que yo estaba hablando en chino para ella. El solo pensamiento de que el cerdo de Spencer hubiera podido ser más listo que uno de los de su clase, la aturullaba. Cruzó y descruzó las piernas, con lo cual el aturullado fui yo. Y bebió con sus labios golosos, que parecían besar la copa, los restos de su *Martini*.

—Todo lo que dices es absurdo —musitó—. ¿Qué el chantajista no existía? Entonces, ¿dónde iba a parar el dinero de mi hermana?

—A los bolsillos insaciables de su marido.

—¿Quéééé...?

—Sí, muñeca. El caso de Spencer me ha obsesionado durante todos estos días, hasta que he dado con la clave de su carácter y de sus actos. Era el perfecto cobarde, el hombre incapaz de afrontar una situación. Siempre se agazapaba en la sombra. Pudo haber pedido dinero a su mujer simulando negocios que le iban mal y que siempre requerían más y más inversiones. Pero eso hubiera requerido dar explicaciones, llevar unos libros falsos de contabilidad, tener algún empleado, etcétera... ¡Demasiados líos! Él prefirió inventar lo del chantaje y quedar oculto como siempre. Así desplumaría a Mary dólar a dólar.

—Explícate.

—Es muy sencillo. Puestos a que su mujer le despreciara, no venía ya de un detalle más o menos. Cuando él mismo se envió el primer anónimo y empezaron las peticiones de dinero —que naturalmente pagaba Mary— se inventó la historia de haber matado a una chica en un accidente, cuando pretendía seducirla. A los ojos de Mary aparecería como un perro sarnoso. Bueno, ¿y qué? ¿No lo era ya? Al menos tendría pasta para contratar chicas que le dijeran que iba para presidente de los Estados Unidos. Bastante había oído en su casa que lo único para lo que servía era para limpiar los

urinarios municipales. Sabía que Mary le despreciaría pero no le dejaría abandonado en un asunto en el que se jugaba el prestigio exterior de la familia. Mary iría pagando dólar a dólar, y además no daría cuenta a la policía ni pondría el asunto en manos de un investigador privado. ¡El escándalo nunca, las murmuraciones jamás! Por eso Spencer fue animándose y contratando más chicas que le llamaran guapo, mientras aumentaba sus exigencias en los anónimos, hasta llegar a los treinta mil machacantes, uno encima de otro. Treinta mil papiros de ésos hacen mucho bulto. Si se los cuelgan a uno de las narices, llegan a torcérseles.

Stella susurró:

—Pero siempre los billetes eran depositados en los lugares que los anónimos exigían, y Spencer nunca tomó parte activa en ello.

—Exactamente. Los billetes eran depositados en los sitios que le convenían a él. Y él era la única persona de la que su mujer no podía sospechar. Siempre veía a Spencer cerca de los billetes. Pero claro... ¡el pobre *vigilaba*! Así se fue haciendo con todo el dinero, cada vez con una historia diferente. Y tu hermana, la listísima Carson, la de la raza superior, a pagar como una imbécil. Si imaginara cuántas chicas deben llevar prendas íntimas de lujo pagadas con su dinero, se pondría de color verde.

Stella no se había puesto de color verde, pero sí de color rojo.

Sus ojos llameaban.

Su busto subía y bajaba alternativamente, al compás de una respiración agitada, y ella no podía ni imaginar lo fenomenal que se estaba poniendo.

¿He dicho antes siete u ocho pisos?

¡Nueve!

La vi ponerse en pie, tomar un retrato de Spencer enmarcado en plata que había en el saloncito (por el qué dirán) y arrojarlo a la chimenea con gesto de olímpico desprecio.

—¡El muy bastardo! —dijo con voz ronca—. ¡El muy cerdo!

Luego volvió a sentarse.

Y fue entonces cuando pasó por su cabecita el pensamiento de que allí había algo que no encajaba. El mismo pensamiento que —dicho sea entre nosotros— me había antes sobrecogido a mí.

—Pero todo iba bien para Spencer, según tú —dijo mirándome—. Entonces ¿por qué intentó quitarse la vida?

—Eso es lo que no sé exactamente —dije—, aunque hay que partir de la misma base: era un cobarde.

—¿Y qué?

—Algo le asustaba. Algo le asustaba invenciblemente.

—¿Tenía miedo de que Mary acabase descubriéndolo todo?

—No, porque la tramoya estaba bien montada, y además tu hermana es lo bastante orgullosa para no ver lo que no le interesa. Sin embargo, cuando tú contrataste a un detective privado, él se asustó. Se asustó terriblemente. No contaba con que pudiera iniciarse una investigación. Su mujer nunca hubiera hecho eso, pero tú lo hiciste.

—Ya estaba harta de esa situación miserable —dijo orgullosamente Stella—. Si mi hermana no tenía carácter e iba aguantando exigencia tras exigencia, yo no. Yo soy una verdadera Carson. Y aunque Mary no me decía nada, me enteré de lo que estaba sucediendo. Por eso te contraté a ti.

Se sirvió otro Martini mientras susurraba:

—¿Crees que por eso se asustó Spencer? ¿Porque pensó que iba a descubrirse su miserable pastel hecho con cieno?

—No, no fue solo por eso. Él tuvo miedo de que se descubriera algo más importante.

—¿El qué?

—Verás... Él se había inventado un cadáver, el cual por tanto no debía existir. Pero sin embargo el cadáver existía.

—No te entiendo, Curtis.

—Yo tampoco lo acabo de entender. Pero Spencer me dio una descripción de la chica a la que, según él, había matado. En teoría, pura fábula. Pero yo hice unas excavaciones en la Brigada de Homicidios y resultó que la chica existía. No podía ser pura casualidad. Demasiadas coincidencias... Se lo dije a Spencer y le amenacé con denunciarle a la policía si a la mañana siguiente a las nueve no me daba una explicación clara de todo aquello. A la mañana siguiente a las nueve se había suicidado... Créeme, yo me siento responsable de todo eso, y no descansaré hasta que el verdadero culpable, hasta que el que mató a aquella chica, lo pague.

—¿Y no podía haberla matado el propio Spencer? La historia de la chica muerta, ¿no podría al fin y al cabo ser verdad y por eso

asustarse tanto al ver a un investigador privado?

—Hum... Mi olfato me dice que no. En primer lugar, las fechas de las muertes, la dada por Spencer y la fecha real, no coincidían. En segundo lugar, si Spencer hubiese matado realmente a una chica, no habría dado a su mujer una pista tan clara. Hubiese montado el chantaje a base de otra cosa, como por ejemplo un escándalo comercial y no un escándalo de faldas. Pero dar una pista tan clara sobre un crimen que había cometido realmente... ¡eso nunca! Ten en cuenta además que se trataba de un crimen repugnante. Una chica estrangulada...

Stella encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos.

—Te juro que no acabo de entenderlo —musitó—. Hay cosas que no concuerdan de ninguna manera.

—Lo sé, y por eso no descansaré hasta que todo se aclare. Hasta que vea resuelto este maldito asunto. No sé si te darás cuenta... Me siento responsable de la muerte de Spencer. Él era un miserable, pero cuando le vi muerto comprendí que también había sido una víctima. ¿Una víctima de qué...? Eso es lo que quiero saber, Stella.

Ella echó un poco la cabeza hacia atrás.

Me mostró así su seductora garganta, su garganta firme, tersa, que le hacía a uno sentirse vampiro.

Los dientes me crecían.

Me entraban unas ganas enormes de ponerme una capa negra y lanzarme al ataque.

Pero entonces dijo ella aquella cosa inesperada:

—Quedas despedido, Curtis.

—¿Quééééé...?

—Yo te llamé para lavar el honor de nuestra familia, y ahora el honor de los Carson está a salvo. No habrá más chantaje, no habrá más porquerías. Muerto Spencer, podremos vivir en paz. Ya te he dicho que mi hermana encontrará a otro hombre digno de su clase. Lo que pueda haber detrás de todo esto, no me importa ya. Por lo tanto, no sigas investigando. Quedas despedido desde este mismo momento.

Yo estaba boquiabierto.

—¿Justamente ahora...? —susurré.

—Naturalmente, no tendrás quejas de nosotros, los Carson. Te daré toda clase de compensaciones. En primer lugar, cobrarás tus

cien dólares diarios como si esto hubiera durado dos meses.

—Stella eres... aborrecible.

—¿Por qué?

—Hay un crimen que sucedió realmente. Tú no puedes echar tierra sobre la tumba de un hombre que al fin y al cabo murió también porque ese crimen existía. Stella, eres...

—¿Qué?

—Despreciable.

—Stella, eres...

—¿Qué?

—Una loba.

Empezó a ponerse en pie poco a poco, frente a mí.

—Stella, eres...

—¿Qué?

—Una chica...

—¿Qué más?

—Ado...

—¿Qué...?

—Ra...

—¿Qué más?

—... Ble.

Ella musitó.

—Eso ya lo sabía, idiota.

CAPÍTULO XIV

—Creo que los dos hemos quedado bastante compensados —dijo Stella, con las facciones todavía enrojecidas.

—Pero sigo despedido —musité.

—Sí.

—De acuerdo, no bucearé más en esto.

—Los Carson sabremos compensártelo debidamente. No porque tengamos algo que temer, sino porque no nos conviene el escándalo.

—Comprendo.

La verdad era que yo estaba en poder de la hermosa Stella. Yo comprendería cualquier cosa que ella quisiera hacerme comprender.

—Además de los cien machacantes durante dos meses, te pagaremos también una suma complementaria por las molestias.

—No quiero aceptar nada, Stella. Sólo lo que corresponda a los días en que he trabajado.

—Hum... ¿Tan desinteresado eres?

—No soy desinteresado, pero tampoco quiero tener la sensación de que se me compra.

—Jamás llegarás a rico.

—Lo sé.

Mientras me arreglaba la corbata ante el espejo, ella susurró, pegándose mimosamente a mi espalda:

—¿De acuerdo?

—Ujú. Dejaré el asunto muerto.

—¿Y amigos...?

—Tan amigos como tú quieras, Stella.

—Nos veremos pronto. Ya sé dónde tienes el despacho.

—Mientras no me echen, sí.

Cuando salí de allí, era casi feliz.

Cuando atravesé el vestíbulo silencioso, dispuesto a abrirme yo

mismo la puerta exterior (yo era de la casa, vamos), estaba convencido de que Stella ocultaba algo.

Pero estaba dispuesto a olvidarlo.

Yo no soy un héroe, qué caramba.

Me sentía bien no en el mundo de los Carson, pero sí en el de las Carson.

Hasta que aquello voló hacia mi cabeza. Hasta que me atizaron con un bolso en el mismo rellano de la escalera. ¡Pero qué bolso, Dios santo! Ni que estuviera lleno de piedras. Caí al suelo, quedando sentado sobre el mármol del rellano, y entonces vi lo que tenía ante mí. Unos zapatos de alto tacón, en los que comenzaban unas piernas de campeonato, ceñidas por unas hermosas medias negras, que llegaban hasta el borde de una falda de campeonato, la cual ceñía unas formas de campeonato, que pertenecían a una mujer de campeonato, la cual me atizó dos golpes de bolso más.

De campeonato, naturalmente.

Tanto que perdí por K.O., técnico y quedé tendido en tierra.

CAPÍTULO XV

Cuando me recuperé, muy poco después, vi que la mujer que me había atizado era otra de las Carson. Por lo tanto había motivos para que me sintiera a gusto con ella. Además estaba despampanante, tan despampanante como su hermana o aún más, porque la que ahora tenía delante era más joven y más alta, más elástica, más felina. Pero lo que no podía imaginar era que estuviese en Nueva York y además libre.

—Judith... —musité.

Judith dijo con voz espesa:

—Lo he visto todo.

—¿Quéééé...?

—Conservo una llave de este apartamento, que al fin y al cabo es el sitio en que viví muchos años. El doctor Ferguson me dio permiso para asistir a los funerales de Spencer, pero me lo dio con retraso. Por eso he venido directamente aquí. He abierto y... y...

No necesito decirme más.

Acercándose a la puerta sin hacer ruido.

Mirando como una fisgona.

—Eres un miserable —masculló.

Volvió a alzar el bolso.

—No, eso no... La cabeza ya me da bastantes vueltas. He perdido el combate. No empieces ahora otra vez.

Y me puse en pie, pero procurando mantenerme alejado de sus zarpazos.

Judith bisbiseó:

—Te he esperado. Te he esperado aquí fuera para decirte que eres un miserable.

—No veo la razón.

—Para Stella no existe más que el orgullo de la familia, pero para mi existen otras cosas más. Existe, por ejemplo, la idea de la

justicia.

—Admirable idea... —dije, como si fuera un político soltando un discurso en un pueblo.

—Tú no te das cuenta de lo que haces. Estás dispuesto a olvidar a Spencer sin darte cuenta de que él murió por alguna razón. Estás dispuesto a echarlo todo a rodar sin importarte más que unos cuantos dólares y sobre todo, unos cuantos besos. Eres tan sucio como todos los hombres que he conocido, Curtis. No sé por qué me había hecho ilusiones... Tan sucio como un buitre con el pico manchado de sangre... ¡Vete al infierno!

Y mientras tanto pulsaba nerviosamente el timbre de llamada del ascensor, casi sacudiéndolo.

—¿Pero qué haces? —barboté.

—Me marchó.

—¿A dónde?

—A la clínica mental. Al menos allí no hay más que infelices. Unos infelices que tienen la virtud inmensa de decir siempre la verdad. Tú, en cambio, has mentido desde que naciste. ¡Repito que te vayas al infierno! ¡No me acompañes! ¡Fuera!

Y se introdujo en el ascensor cerrándome el paso con un par de eficaces movimientos de bolso.

Con uno de los gestos, éste se abrió y cayeron unas cuantas cosas: una agenda, un dólar, un *ticket* de un aparcamiento sistema Wolf...

No se molestó en recogerlas.

Las puertas del ascensor ya se cerraban, y ella descendió.

Judith fue para mí como una visión hermosa que se evapora.

La cabeza me zumbaba después de los golpes recibidos.

Veía alucinaciones, pero les aseguro que no tenían nada de desagradable.

Unas alucinaciones en las que desfilaban delante mío, de principio a fin, señoras estupendas...

Recogí las cosas que la muchacha había perdido al abrirse su bolso y las guardé. Pensé que así tenía oportunidad para verla de nuevo, aunque fuera visitándola en la clínica del doctor Ferguson, y darle unas explicaciones. Tal vez la convenciera de que el mundo no es como nosotros quisiéramos que fuese.

De todos modos me había dado una lección.

Me había demostrado que yo tampoco era como debía ser. Que había cedido para que un crimen quedara impune. Me había avergonzado con su sinceridad y con su valor.

Pero no por eso pensé que yo necesitaba cambiar.

Pensé algo más sencillo: que necesitaba un trago.

Entré en un bar con licencia para expender alcohol, me senté a una mesa, delante de un *bourbon* doble, y puse ante mis ojos las minucias que habían caído del bolso de Judith.

El dólar no tenía ningún interés.

Hasta yo tengo uno.

El *ticket* del aparcamiento tampoco, salvo el hecho de indicar que la muchacha había alquilado un coche para moverse por Nueva York, después de tanto tiempo de estar recluida.

Lo más importante podía ser la agenda.

La hojeé.

En ella estaban anotadas las pequeñas minucias que pueden interesar a una chica recluida en una clínica mental, y cuya vida está organizada al minuto: tal día ducha obligatoria; tal otro, *ping-pong*; tal otro, sesión de cine. Por aquella agenda me enteré de lo que era la vida en la clínica de Ferguson, así como de las particularidades de algunos enfermos que la poblaban. Las observaciones de Judith estaban hechas con mano maestra. Tenía una gracia inimitable para describir con dos palabras un recuerdo, un tipo, una situación... ¡Qué gran escritora hubiera sido! Y, por supuesto, no me pareció una chica necesitada de pasarse la vida en una clínica de locos. No. Más bien todo lo contrario. Entonces, ¿por qué la habían recluido en ella?

¿Tendría quizá razón al decir, como tantos otros, que todo era por maquinaciones familiares?

¿Maquinaciones de quién?

Doblé otra hoja.

Y de pronto me encontré con aquello, con aquello que para mí era inexplicable: el garabato similar al que había visto en la casa de los Carson. Similar al dibujado en los anónimos que recibía Spencer. Estaba allí, en la agenda de Judith, y parecía dibujado por su propia mano, ya que el lapicero empleado para escribir era el mismo que el empleado para dibujar. Pero entonces... ¿qué tenía que ver Judith

con aquello? Por todos los demonios del séptimo infierno... ¿qué significaba?

CAPÍTULO XVI

En la Brigada estaba aquella mañana de servicio el teniente Janiro. No debía tener mucho trabajo, porque se dedicaba a rascarse meticulosamente un mismo punto de la mandíbula. Cuando me vio a mí, escupió al aire y, no sé si fue casualidad, pero por poco me despeina.

—¿Qué vienes a hacer aquí, Curtis?

—A decirte que ya he notado que me estabais siguiendo. En el entierro de Spencer había más tíos de la bofia que en la cárcel donde murió Al Capone. Sólo os faltaba colgar las chapas de las asas del ataúd, para que la gente se enterara.

—Claro que lo hemos figoneado todo. ¿Y qué? Hay un caso de suicidio que no está claro. También hay un caso de asesinato que está por resolver, y en el que tú metiste las narices hace poco, interrogando a Hartley, el jefe del archivo. ¡Vaya casualidad más redonda! ¿Qué piensas? ¿Qué a un pajarraco como tú vamos a permitirle que lleve ramitas al nido?

—De la chica quería hablarte, Janiro.

—¿Qué chica? ¿Stella Carson?

Comprendí que el muy maldito me había estado controlando y que sabía exactamente los minutos que la preciosa mujer y yo habíamos estado a solas en su apartamento de lujo.

Tuve ganas de decirle algo gordo, pero me aguanté.

—No es ella —dije.

—¿Pues quién?

—La muerta. La que me enseñó Hartley.

—Eso es otra cosa. Vas por buen camino, muchacho. Colaborando llegarás lejos.

—Sí. Llegaré a uno de esos calabozos que tienes abajo. El más sucio de todos y el de la cerradura más sólida.

Janiro dejó de rascarse. De pronto parecía interesado por mí de

una manera distinta.

—¿Qué quieres saber?

—Si el caso no está resuelto, sus objetos personales aún permanecerán en la Brigada —musité.

—Claro.

—Quisiera verlos.

—Delante mío, por supuesto.

—Sí.

Janiro se puso en pie.

—El trato me conviene. Vamos.

Claro que le convenía. Por mucho que yo disimulase, él llegaría a saber qué era lo que me interesaba de todo aquello. Y Janiro era de esos tipos que sólo necesitan un poco de hilo para tirar del ovillo y... ¡zas! ¡Al diablo, caiga quien caiga!

Podía caer yo.

Pero no me importaba demasiado cuando me pusieron delante de aquella gran bolsa de papel en el que estaban los objetos de una pobre muchacha ya olvidada en el fondo de una fosa. Objetos tan sentimentales como por ejemplo un crucifijo y tan vulgares como una barrita de *rouge*. Pero a mí me interesaba una cosa muy concreta, una cosa que no estaba seguro de encontrar.

Lo fuimos revolviendo todo poco a poco.

Y, por fin, allí estaba.

Un sobre en blanco que la muchacha llevaba cuando la mataron. ¡Un sobre con un garabato idéntico al que había encontrado en la agenda de Judith!

Lo dejé caer otra vez poco a poco en la bolsa.

Simulé que aquello no me llamaba en absoluto la atención.

Cuando hube devuelto todos los objetos, Janiro murmuró:

—¿Y qué...?

—Nada.

—¿Puedo saber al menos lo que buscabas, buitre?

—Quería saber qué clase de chica era y en qué ambiente vivía. Por lo que llevaba encima cuando murió no he podido deducir gran cosa.

—No me vengas con historias. Tú buscabas algo.

—Ya te he dicho que quería saber solamente quién era esa chica.

Janiro, con un gesto de rabia, me mostró la ficha, una ficha más completa que la que me había enseñado Hartley. Casi me la lanzó a la cara.

—Toma. Así te empapurras bien de quién es. Una chica que no tenía nada de vulgar. Lee.

Por la ficha me enteré de la filiación completa. Se llamaba Lorena Manson y tenía dieciséis años cuando alguien la asesinó. Nada de especial en su vida, ni en sus costumbres, ya que ni siquiera se le conocía novio. Pero era curiosa su profesión: trabajaba en un circo. Era una de las equilibristas más famosas, de la *troupe* Ramírez, que había actuado en los cuatro puntos cardinales de América.

—¿Equilibrista? —musité.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada... Reconozco que no tiene nada de especial. También pudo haber sido dependienta de una perfumería.

Y fui a largarme...

Janiro me miró de soslayo, mientras me sujetaba por un brazo.

—Oye, pirata, no creas que te vas a largar así como así, arrastrando tu cochina pata de palo.

—No tengo nada que decirle, teniente.

—Te haré seguir. Y te juro que como trates de engañarme te...

—No trato de engañar a nadie. Simplemente he tenido un chasco al no encontrar lo que quería. Déjeme en paz.

Y me lo sacudí como pude, aunque no pude evitar que Janiro me diese un empujón, que dicho sea de paso me ayudó a llegar antes hasta la puerta.

Una vez en la calle, me dirigí a Broadway.

Ya sabe usted: Broadway. Teatro serio y teatro ligero. Señoras que declaman a Moliere y señoritas que enseñan el ligero guiñando el ojo al viejo verde de la fila uno.

Pero yo no buscaba ligueros a esa hora.

Buscaba una agencia teatral de las especializadas en espectáculos de circo.

La encontré a la altura de la calle Cincuenta. Había allí unas cuantas chicas enseñando las piernas y unos cuantos tipos ensayando con la armónica. Había también un director que al recibirme puso cara de perro, pero que al ver los cien dólares que

yo le largaba puso cara de gato.

—¿Qué desea saber?

—Busco a la *troupe* Ramírez.

—Los Ramírez, equilibristas... Sí, ya sé. Ahora están en Venezuela. Lo siento, pero es cuanto sé de ellos. Ni siquiera la ciudad en que trabajan. Si quiere que de los cien machacantes le devuelva cincuenta...

—¿Dónde trabajaron la última vez que estuvieron en Nueva York?

—En el Madison. Como sabe, allí se celebra regularmente cada año una buena temporada de circo.

Pensé que en el Madison alguno de los viejos empleados se acordaría de ellos, pero además pedí otra cosa:

—¿Tiene alguna fotografía de la última vez que actuaron aquí?

—Sí. Mi archivo es monumental. Tengo carteles de propaganda de todos los espectáculos. Vea, vea, qué archivo...

Abrió un cajón y extrajo varias cosas: un zapato viejo, una botella de *whisky*, unas bragas de señora, un paquete de fotografías y unos carteles. Entre aquellos carteles estaba el que anunciaba a los Ramírez, procedentes de los más famosos circos de Europa, aunque seguro que no habían cruzado el charco nunca.

Eran dos hombres y una muchacha. La muchacha era Lorena Manson, la muerta. Claro que allí, ¡parecía tan distinta! Los hombres tenían aspecto vulgar. Imaginé enseguida que de no ser por el atractivo de Lorena, se hubieran ido al diablo con trapecios y todo.

—¿Puedo quedarme este cartel? —pregunté.

—Por los cien dólares que me ha dado puede llevarse si quiere hasta la botella de *whisky*. Desinfectada.

Y se atizó directamente del gollete un trago que la dejó llena de baba. La tomé en mis manos y la envié a la papelería. Cuando salí, uno de los que antes tocaban la armónica quería tocar por lo visto algo más divertido, y estaba tratando de hipnotizar a una de las chicas que antes enseñaban las piernas.

Fui al Madison.

El Madison, como todos ustedes saben, tiene ahora un edificio nuevo en el lugar que antes ocupaba el viejo. Está a la altura de la Calle Treinta y Cuatro Oeste. Un verdadero enjambre de turistas,

descendía de una serie de autocares y pasaba por delante de sus puertas.

Al más viejo de los empleados le largué veinte dólares. No se acordaba de nada. A los treinta empezó a hacer memoria, y a los cincuenta el tío hubiera sido capaz de decirme cuántos pelos tenía en el bigote el mayor de los Ramírez.

—Sí, actuaron aquí —dijo—. Ellos eran mediocres, pero la chica valía mucho. Desde que la mataron, han ido de mal en peor. Porque a ella la mataron, ¿sabe?

—Sí, ya me he enterado. Apareció una noche estrangulada en la Avenida Doce. Por eso estoy aquí.

—¿Qué puedo decirle, si ya lo sabe todo? Lo que le garantizo es que nadie del circo la mató. Todos la apreciaban. La policía hizo entonces una investigación completa, y aún ahora, de vez en cuando, se descuelga por aquí algún polizonte a preguntar. Pero nunca se ha sabido gran cosa.

—Hábleme de ella —dijo vagamente—. Explíqueme lo que se le ocurra, desde quiénes eran sus amigos al modo que tenía de maquillarse. Cualquier cosa puede tener importancia.

El tipo cargó una pipa cachazudamente, mientras trataba de recordar.

—Amigos... todos lo éramos. Lorena se hacía querer. Entrenaba continuamente, porque amaba mucho su profesión, pero cuando no entrenaba, pasaba el rato haciendo dibujitos en los papeles.

—¿Dibujitos como éste?

Le mostré la agenda de Judith. El tipo arqueó una ceja, como si aquel sencillo descubrimiento le asombrase.

—Sí, como éste... Parecen hechos por la misma mano. Oiga, ¿de dónde lo ha sacado?

—Ése es asunto mío. Siga. ¿Alguien la perseguía? ¿Le hacía proposiciones? Pese a tener sólo dieciséis años era una chica enormemente atractiva, por lo que he visto.

El fulano supo por dónde iba.

—No, eso no. La gente del circo es distinta de la del teatro, donde hay muchas porquerías. Lorena tenía admiradores, pero eran admiradores decentes. Por ejemplo el señor Carson venía todas las noches...

—¿Quién...?

—El señor Carson.

—¿Este o éste?

Me había procurado ya fotografías de los esposos de Mary y de Stella. Se las mostré.

—No, ninguno de los dos. Éstos son los yernos; los he visto a veces fotografiados en las revistas del gran mundo. Yo le estoy hablando del viejo Carson, del padre de las chicas. El suegro de ese de la foto de la derecha, el que se suicidó.

El hombre leía los periódicos y estaba enterado de bastantes cosas. Guardé las fotos mientras le contemplaba con atención, pero sin poder disimular mi asombro. ¡Diablos! ¡De manera que el viejo Carson...!

—Ése ya está muerto —dije.

—Sí, murió de muerte natural hace un tiempo. No sé cuánto exactamente... Pero era amigo mío y una buena persona. Repartía habanos entre los empleados casi cada semana. Le gustaba mucho el circo, y como le sobraba el dinero podía estar abonado a la mejor localidad. Siempre había admirado muchísimo a Lorena. Yo creo que venía solo por verla a ella.

—¿Intentó...? Bueno, ¿le gustaba la muchacha también por otros motivos? A veces hay tipos forrados de billetes que no se detienen ante la barrera de los dieciséis años.

—Ya lo sé, pero el señor Carson no era de éstos. Estoy seguro de que no. De todos modos hacía pequeños regalos a Lorena, y algunas veces la acompañaba en su coche. Pero nada más. Aunque...

—¿... Aunque qué...?

Se dio una palmada en la frente.

—¡Cuerno! ¿Cómo no lo he recordado antes? Cierta vez tuvieron un lío. Les interrogó la policía, aunque la Prensa no mencionó el asunto porque el señor Carson tenía mucha influencia. Mejor dicho, el asunto se mencionó, pero no le involucraron a él.

—¿De qué me habla?

—Del muerto. Del muerto que apareció cierta noche junto a Lorena y el señor Carson, cuando se dirigían al coche de éste. Del hombre a quién habían liquidado de un hachazo...

Farfullé:

—¿Un... hachazo?

Por mis ojos desfilaba una escena muy concreta y no demasiado

lejana. Veía otra vez los muros de la clínica del doctor Ferguson, cuando la visité por primera vez. Veía el hacha que volaba hacia mi cabeza y que no me acertó por milagro. Y luego veía a Judith, a la hermosa y apetitosa Judith, empuñándola como si fuera un mondadientes. El recuerdo me hizo palidecer.

—¿Qué le pasa? —murmuró el empleado—. Se ha puesto amarillo...

—¿Quién era aquel hombre...? —Pude balbucir.

—Un maleante. Un atracador que había sembrado el miedo por las calles de Nueva York aquella temporada. Por eso la policía no se molestó demasiado y echó enseguida tierra al asunto. Quienquiera que lo hubiese matado, no había hecho más que darle su merecido.

—¿Pero está seguro de que fue... con un hacha?

—¡Claro que sí! ¡Tengo buena memoria! Y además... ¿cree que no me entero de lo que pasa en la esquina de al lado, caramba?

Susurré:

—Gracias, no necesito que me explique nada más.

—¿Se larga?

—Ya sé lo que quería saber.

—¡Oiga!

Pero yo ya me estaba alejando. Ya me encontraba casi en la puerta.

El tipo refunfuñó:

—¡Ahora que iba a explicarle lo que pasaba cuando yo espiaba por el ojo de la cerradura del camerino de la chica...!

CAPÍTULO XVII

Demonios, Stella tenía que saber algo.

¡Un hacha!

¿Podía ser casualidad? Yo no lo creía. Tanto que, antes de ir a ver a Judith para interrogarla, quise conocer las cosas mejor y tener todos los ases en la mano. Hablaría con Stella. Ella quizá me explicaría alguna cosa acerca de la debilidad que sentía su hermanita por ciertos instrumentos que sirven para cortar troncos y de vez en cuando cortan también cabezas.

Pero antes di vueltas por Nueva York.

Los pensamientos me atosigaban, me atormentaban. No lograba hilar ningún cabo, y eso me volvía loco. Además, ¿preguntar a Stella? ¿No le había prometido a ella misma que dejaría el asunto? ¿No me enviaría la hermosa mujer con cajas destempladas escaleras abajo?

Por fin me decidí a entrar en el lujoso edificio de apartamentos.

Pero cuando iba a atravesar la calle, vi entrar a Samuel Carson, el marido de Stella. El tipo se llamaba Roberts, pero como los Carson eran más conocidos, todo el mundo le denominaba con el apellido de su mujer.

Apreté los puños.

Mala suerte.

Tendría que esperar a que saliese, porque me interesaba mucho hablar con Stella a solas. Y si no salía hasta la mañana siguiente, yo estaría esperando allí todo el tiempo que hiciera falta.

La servidumbre tenía permiso aquel día.

¡Si lo sabría yo, que había pasado tantos ratos a solas con la hermosa mujer!

Vi también a alguien más rondando la acera. Era uno de los hombres de la Brigada de Homicidios. Seguro que me había estado siguiendo todo el tiempo y telefoneando lo que yo hacía. Apenas le

distinguí, el tipo no se ocupó de disimular. Corrió como un galgo hacia la primera cabina telefónica.

Yo aproveché para escabullirme, entrar en el edificio y tomar el ascensor hasta el primer piso, donde sabía que había una serie de oficinas de lujo cerradas a aquella hora. Me aposté allí, con los ojos clavados en los indicadores del ascensor. De ese modo podría saber si el marido de Stella llamaba al ascensor y descendía luego con él a la calle.

Mientras tanto el policía debía andarme buscando por todas partes.

Seguro que ya pensaba que yo estaba en el lado opuesto de Nueva York.

Habría transcurrido una media hora que se me hizo interminable cuando alguien llamó al ascensor desde el último piso, que era el que ocupaban los Carson. Al cabo de unos momentos el aparato descendió. Yo supuse que el que volvía a salir era Samuel Carson, o al menos tenía que creer eso. Necesitaba jugar aquella carta.

Llamé el ascensor yo también y me hice conducir hasta el último piso. Pulsé el timbre. Me abrió la misma Stella.

Puso ojos de asombro al verme.

—¡Tú...!

Y yo puse ojos de asombro al verla.

—¡Tú...!

A pesar de lo aperreado que yo iba aquel día, reconozco que me subí por las paredes al verla otra vez. Me olvidé de lo que tenía que preguntarle. Me olvidé de mi nombre incluso.

Ella me hizo pasar y cerró.

Me trató todo lo amablemente que las mujeres suelen tratar a un hombre en esos casos.

—Eres un idiota —proclamó.

—¿Sí?

—Mi marido se ha marchado hace apenas dos minutos.

—Lo sé. Yo estaba vigilando el ascensor por si se iba.

Sonrió de una forma turbia, espesa.

—Diablos —dijo.

—Verás, yo... yo he venido porque... se ha ido. ¿Volverá? —susurré.

—No es fácil. Tiene una cena de negocios que le interesa mucho.

Acabará forrado. Es un hombre de clase.

—Sí, es una clase de...

Pero no quise continuar.

Todo aquello volvía a avergonzarme.

—Stella —dije, sentándonos en el diván—, tengo que hablarte.

—¿De qué? ¿No será de aquel cochino asunto que te ocupaba en otro tiempo?

—¿En otro tiempo? Hace sólo unas horas que lo diste por cancelado.

—Aquello ya es simple historia para mí. Hala, hagamos cosas más importantes. ¿Quieres que prepare un par de tragos?

Asentí. Mientras los preparaba, quizá podría hacerla entrar en razón.

Ella se fue contoneándose a la habitación contigua, que era donde estaba el mueble bar principal, con un juego de cocteleras de plata. Durante unos instantes la oí canturrear. Luego ya no oí nada.

Encendí un cigarrillo.

Habría ido al cuarto de baño a quitarse el maquillaje.

Yo me sentía mejor cada vez.

Más sereno. Más lejos de los encantos hechiceros de aquella mujer despampanante.

¿Pero por qué tardaba tanto?

—¡Stella! —llamé.

No contestó.

—¡Stella!

Bueno, cuando las mujeres entran en el baño no quieren ser molestadas. Y yo recordé, si no iba mal orientado sobre la distribución del piso, que había uno junto a la habitación en la cual ella debía encontrarse ahora.

Decidí esperar más.

Pero ya la lumbre del cigarrillo quemaba casi mis dedos cuando me impacienté de verdad.

—¡Stella!

Como no contestaba, me puse en pie y pasé a la habitación contigua. Un sordo presentimiento empezaba a atenazarme. Hasta el aire me parecía extraño. Hasta la luz elegante de las lámparas me parecía una luz de ultratumba, una luz irreal.

Sin duda me estaba poniendo nervioso.

Pero no ocurría nada. Stella no se encontraba allí. En cambio la coctelera, al parecer con la mezcla ya terminada, yacía sobre una bandeja de plata.

—Stella...

Tampoco contestó nadie. No lo pensé más y me dirigí al cuarto de baño, que tenía la luz encendida y cuya puerta estaba solo entornada. La empujé. Supuse que Stella me lanzaría a la cabeza el pote con la crema de desmaquillar que se estaría aplicando.

Pero no, ya no podría lanzarme nada.

Estaba sentada en un rincón, acurrucada, con los ojos muy abiertos, mirando incrédula al vacío.

Espantosamente quieta.

Espantosamente muerta...

CAPÍTULO XVIII

Resulta increíble la cantidad de cosas sin importancia en que me fijé mientras trataba de no mirarla a ella, mientras pensaba que todo aquello no era real, que se trataba de una alucinación de mis sentidos de la que despertaría de un momento a otro. Me fijé en el brillo mate de las baldosas, a las que la luz arrancaba un reflejo dorado. Me fijé en el mármol de la bañera, que era de la mejor calidad que yo recordaba haber visto jamás. Me fijé en la luz un poco maciza que bajaba del techo, como la que desciende sobre los cuerpos blancos, en los depósitos de cadáveres. Me fijé en cien cosas más que no tenían importancia por una sola razón... ¡porque no quería mirarla a ella!

Al fin volví mis asombrados ojos hacia el cadáver.

No presentaba huellas de lucha, pero por la posición de su cuello la cosa estaba clara: la habían desnucado. Quizá no una persona que tuviera mucha fuerza, pero sí una persona que tuviera una gran habilidad. Y recordé entonces —aunque maldita la gracia que me hizo— a la pobre Lorena Manson, estrangulada sabiamente sin haber tenido tiempo de defenderse.

Entonces me acerqué a Stella.

Estaba tan encogida que su cuerpo arrogante y hermoso parecía haber disminuido de tamaño hasta quedar reducido a la mitad. Sus ojos asombrados también me recordaron a los de Lorena. Eran unos ojos terriblemente abiertos, terriblemente incrédulos, como si no creyera una palabra de lo que estaban viendo.

Mis pensamientos volaban.

Mis nervios estaban a flor de piel.

No sólo el asesino debía encontrarse aún en la casa, sino que además debía resultar una persona conocida de Stella Carson. Quizá la había hecho una seña desde el cuarto de baño, para que viniera. Y ella había acudido por su propia voluntad.

Pero ¿quién?

Pronto estuve a punto de saberlo.

¿No dicen que los que van al otro mundo se enteran de todo de golpe?

El leve roce a mi espalda me advirtió. No sé por qué, pensé en el hacha. Pero esta vez no se trataba del hacha, sino de algo muy distinto.

Me eché ágilmente a un lado, esquivando lo que viniera, y la bala me pasó rozando la sien izquierda. Me enteré sólo por el taponazo, ya que disparaban con silenciador. Todo fue tan rápido que, mientras me estaba moviendo, vi uno de los grifos de la bañera que saltaba hecho astillas ante mis ojos.

Traté de volverme.

Sabía que estaba perdido. Pero al menos, antes de que me apiolasen, quería saber quién...

La persona que estaba a mi espalda se dio cuenta de que había fallado y no quiso arriesgarse otra vez. Se ocultó a un lado de la puerta, mientras disparaba de nuevo, pero ahora pensando solo en cubrirse. No vi nada, ni siquiera el reflejo de la pistola.

Yo no iba armado.

Nunca lo voy, porque si se tiene la desgracia de matar a alguien luego los líos son interminables con la policía. Y lo primero que le vuela a uno es la licencia.

Decidí salir de un salto de allí, jugándome el tipo a una sola carta, porque en el cuarto de baño estaba acorralado y acabarían apiolándome. Pero en ese momento se oyó un chasquido. Y las tinieblas más espesas se hicieron en todo el apartamento.

Mi enemigo acababa de cortar la luz.

Conocía todo aquello mucho mejor que yo, y fiado en eso estaba seguro de matarme.

Entonces no salí. Me limité a quitarme la americana y hacerla pasar por el umbral rozando el suelo, de manera que produjese un susurro.

Dos balas brotaron instantáneamente de la oscuridad.

El asesino estaba aún a un lado de la puerta, preparado y con los oídos bien atentos.

Aproveché la oportunidad. Sin duda creería haberme matado. De modo que me quité los zapatos y pasé de un salto a la sala, pero

sin hacer más ruido que el que hubiera hecho el salto de un pájaro.

Ahora sí que se habían vuelto las tornas.

Ahora le acorralaría yo a él.

Unos leves rayos de luz penetraban por los resquicios de las ventanas. No me permitían ver nada, pero esos restos de luz estuvieron a punto de enviarme al diablo. Fue de la forma más inesperada.

Más tarde, cuando lo recordé, me di cuenta de que cualquiera hubiese cometido el error que yo cometí. Un error que consistió en no darme cuenta de que la coctelera de plata antes manejada por Stella se encontraba en el camino de esos rayos de luz, y por lo tanto relucía un poco. Yo me coloqué delante de ella al desplazarme. Corté sin saberlo ese leve resplandor.

Un punto de mira se volvió entonces hacia mí. Sabían dónde estaba. Dos balas rasgaron la oscuridad como dos picaduras de serpiente.

Tuve la suerte de que delante mío estuviera el pie de una lámpara de bronce. Las dos balas patinaron en ella y fueron una a la derecha y otra a la izquierda. Yo sentí los impactos en la pared, casi junto a mi cabeza.

Me arrojé al suelo instantáneamente, mientras una tercera bala rasgaba la oscuridad.

Pero ahora la coctelera ya volvía a brillar. Mi enemigo había perdido la pista.

Me deslicé suavemente por el suelo, sin hacer el menor ruido.

No sabía dónde estaba la puerta del piso, pero en cambio distinguía confusamente la de una de las terrazas. Si lograba salir de allí tan vez podría descolgarme hacia fuera. Era muy arriesgado, pero peor resultaba permanecer quieto en aquel espacio pequeño, esperando que si no me alcanzaba la primera bala me alcanzara la segunda.

Mi avance se realizaba milímetro a milímetro.

No oía nada, ni el compás de una respiración.

Ni un susurro...

Al llegar a la puerta de la terraza comprendí que tendría que decidirme y dar el último salto al descubierto. A partir de ese momento no podía pasar inadvertido.

Intenté recordar cómo estaban distribuidas las terrazas

inferiores, por si podía llegar a alguna de ellas.

Si la memoria no me fallaba, había una terraza inferior a la derecha, situada a unos tres metros más abajo, y que por tanto no ofrecía peligro. A la izquierda había otra situada a unos quince metros, o sea que una caída me haría polvo la columna vertebral. Los otros dos lados caían a pico sobre el abismo.

Por tanto tenía que ir hacia la derecha.

Lo intenté.

Abrí la puerta de cristales y salté. Dos balas más fueron ávidamente en mi busca.

Una me rozó. La otra hizo polvo uno de los cristales y fue a perderse en el vacío.

Pensé: «¡Corre, muchacho! ¡Corre hacia la derecha!».

Tenía muy cerca la baranda de piedra recortada.

¡Ahora!

Saltar aquello era fácil. Cinco metros de caída y estaría a salvo.

De modo que me convertí en una especie de Valeri Brummel. Nunca he saltado un obstáculo tan limpiamente. Supongo que me ayudó el hecho de que otra bala me rozó materialmente la cabeza.

¡Abajo!

¡Sólo cinco metros, muchacho! ¡Ya estás!

Pero de pronto me quedé petrificado, como colgado en el aire.

¡Me había equivocado de lado!

¡La terraza más cercana no estaba a la derecha, sino a la izquierda!

¡Iba a dar un salto de casi veinte metros!

No sé cómo logré contorsionarme en el aire y tender los brazos a tiempo. Todos los apuros que he pasado en esta vida no son nada en comparación con aquél, cuando sentí que la baranda de piedra se me escapaba. Conseguí sujetarme con las uñas y aguantar el tirón. Me pareció que resbalaba para siempre y de pronto me estabilicé. Pude sujetarme mejor con ambas manos, mientras la cara se me llenaba de un sudor frío.

¡Diablos, qué frío hacía allí arriba!

¡Cómo parecía que el viento me fuera a despegar de la pared, igual que a una pluma!

Pero me di cuenta entonces de que no había conseguido apenas nada. Moriría de todos modos, porque mi enemigo se acercaba a la

baranda. Debía ver mis manos indefensas, la única cosa que aún me unía a este mundo.

No necesitaba más que golpearlas, machacármelas para que yo me soltase y me fuera al infierno.

Y eso fue lo que hizo. Noté el primer culatazo en el dorso de la mano como una marca de fuego. Me maldije a mí mismo por haberme equivocado de dirección, ya que de otro modo ahora estaría a salvo. Pero tenía la disculpa de conocer muy mal aquello. Una disculpa que, ¿de qué me servía ahora?

El segundo golpe me alcanzó en un punto más sensible: los dedos. Tuve una especie de calambre y al otro golpe cedí.

Pero sólo de la mano derecha.

Aún conservaba la izquierda aferrándome inútilmente a la vida.

Vi la culata de la pistola que caía sobre ella. El dolor me hizo estremecer, pero aguanté. Me estaban destrozando los nudillos. Sentía que la sangre resbalaba por mi manga y que el dolor llegaba en oleadas hasta mi cerebro.

Y entonces, por encima de la culata de la pistola, vi la mano que la empuñaba. Y detrás de la mano distinguí fugazmente a la mujer que estaba detrás.

Porque se trataba de una mujer.

Porque era... ¡Mary Carson!

CAPÍTULO XIX

El asombro fue tan fuerte que me produjo el mismo efecto que un nuevo culatazo. Mi izquierda empezó a ceder también. Noté que Mary me la sujetaba levantándola, separándola de la piedra.

Pero no lo conseguía.

Mis fuerzas eran superiores, y la desesperación las quintuplicaba.

Entonces decidió no perder más tiempo. Era mejor para sus planes enviarme abajo y simular un accidente, tal vez un suicidio. Podría parecer incluso que antes de eso yo había matado a su hermana Stella. Pero optó por la solución más rápida, que era clavarme una bala.

A aquella distancia y estando yo en aquella postura, no podía fallar.

Me tenía a su merced.

Vi el ojo negro del silenciador y comprendí que sólo podía hacer una cosa desesperada: di un manotazo al aire. Sujeté la pistola tratando de arrebátarsela, pero ella no la soltó. En consecuencia también le sujeté la mano.

Fue su error.

Debió haberla soltado. Yo hubiera caído de todos modos porque tenía los dedos y los nudillos destrozados.

Pero ahora la había sujetado.

Nunca he hecho tanta fuerza. Nunca he sometido a mi cuerpo a una tensión tan brutal, mientras me sostenía con una mano y tiraba de un cuerpo humano con la otra. Todos mis huesos chirriaban y parecían ir a romperse. Oí a Mary chillar.

Se daba cuenta de que iba cediendo poco a poco.

No podía sostenerse.

Mi fuerza la iba venciendo como los brazos de un «*bulldozer*» desplazan poco a poco las paredes que parecían impenetrables.

Yo no quería enviarla abajo.

Sólo quería que se rindiese. Que para salvar su vida me ayudara a subir.

Pero Mary Carson sabía que lo tenía todo perdido si no lograba matarme. Hizo un último y supremo esfuerzo, ya doblada sobre la barandilla. Yo comprendí que nos íbamos al diablo los dos.

Di un último tirón y vi su cuerpo resbalar. Pasó junto al mío, mientras mis dedos aún se sujetaban a la piedra en un último espasmo. Ella intentó agarrarme, pero ya no pudo. Oí su grito ronco, parecido a un seco «Uuuuuggg», mientras se estrellaba en la terraza inferior, veinte metros más abajo.

No debía haber nadie aquí a aquellas horas, porque nadie salió.

Miré como obsesionado el cuerpo inerte de Mary mientras mis dedos también cedían.

Iba a caer. Ya no tenía tacto. Las fuerzas me abandonaban.

Pensé en lo que diría la gente cuando, horas después, descubrieran a Stella muerta y a su hermana y a mi aplastados en la terraza. Los titulares de la Prensa sensacionalista podrían despacharse a gusto.

Y la gente guiñaría un ojo al leerlos: «Amigo... ¡Menudo tejemaneje de familia!».

Y en ese momento, cuando ya estaba a punto de hundirme del todo, una mano me sujetó. No era una mano muy fuerte, pero bastaba para mí. Era lo que necesitaba para mantener el equilibrio en el instante más difícil.

Me remonté resoplando, pasé por encima de la baranda y caí sin fuerzas a los pies de Judith.

CAPÍTULO XX

—Yo aún seguía en Nueva York —murmuró ella con voz ronca por la emoción, mientras, ya en la sala, esperábamos a que llegase la policía—. Tengo una llave de este apartamento, como sabes, y volví para hablar con Stella. Al verla muerta fue cuando oí unos ruidos en la terraza y... y...

Me serví un *whisky* doble y lo bebí en sólo dos tragos. Lo necesitaba.

—¿Qué sabías tú de esto, Judith? —musité—. ¿Habré de creer que es verdad que te encerraron para quitarte de en medio? ¿Y que fue Mary la que por dos veces intentó que te mataran?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Porque yo no soy la hija del viejo Carson. Porque yo no pertenezco a la familia. Soy una intrusa.

—¿Quéééé...?

La sorpresa me había dejado paralizado. No sé ni cómo pude hablar.

—Y sin embargo soy su heredera. Ellos no tienen más que una parte pequeña. Lo mínimo que dispone la Ley.

—¿Quééééé...?

Si antes había tenido sorpresa, ahora estaba materialmente convertido en una estatua de piedra.

—Todo comenzó una noche en el Madison Square Carden —susurró ella—. El viejo Carson iba todas las noches a ver a una equilibrista llamada Lorena Manson, con la que había hecho una honesta y desinteresada amistad. Aquella vez la acompañaba a la salida de la función como otras veces, cuando un atracador trató de matarle. Lorena intentó defenderle con una de sus ágiles piruetas, pero lo que consiguió fue exponerse a morir ella también. Entonces intervine yo. Lorena había llegado a ser mi mejor amiga.

—¿Tu amiga? ¿Por qué?

—Quería que me admitiesen en el circo.

—¿Tú? ¿Es que no tenías trabajo?

—Ni trabajo, ni padres, ni ayuda, ni nada. Estaba en Nueva York sin más arma que un hacha. Había vivido en el Canadá, con los taladores de bosque, y la manejaba con una singular habilidad. Tanto que llegué a trabajar en pequeños circos, haciendo arriesgados ejercicios con los que me jugaba el cuello. Pedí trabajo en el Madison y me lo negaron. Entonces Lorena me prestó ayuda. Me daba dinero, comida y me permitía dormir en su casa. ¿Tú crees que es extraño el que la defendiera? ¿Te parece increíble que liquidara a aquel asesino de un hachazo?

Tragué saliva.

Me parecía como si lo estuviese viendo. Y me parecía también oír el chirrido de las piezas al encajar en el rompecabezas.

—Hice aquello sin pensar en las consecuencias —prosiguió—, pero las consecuencias fueron buenas. El viejo Carson no sólo consiguió que nadie me detuviera sino que me adoptó legalmente. Sabía que me debía la vida. Su gusto hubiera sido adoptar también a Lorena pero con ella no podía porque tenía familia. De todos modos repartió su herencia entre las dos, dejando a sus hijas, que no le habían dado más que disgustos, el mínimo legal. No obstante nos sucederían si nosotras moríamos.

—Voy entendiendo.

—A Stella no le importó demasiado eso, porque Stella era en el fondo una buena muchacha. La que se puso rabiosa fue Mary. Ella tenía grandes planes. Ella se había casado con un inútil y encima iba a quedar relegada en la herencia. No estaba dispuesta a consentirlo. Por eso mató a Lorena. ¿Te extraña? ¿Te extraña que Lorena se confiara, conociéndola como la conocía y creyendo que era una mujer honrada?

—Su marido... ¿le vio hacer eso? —pregunté.

—No, porque Mary había tomado precauciones. Pero no pudo evitar que Spencer recelara y al fin lo supiese. Entonces ideó lo del chantaje. Decía que le exigían cantidades cada vez mayores y enseñaba a su mujer las notas en las que aparecía un muñequito... ¡como los que hacía Lorena y que ella también me había enseñado a hacer a mí! Mary era lo bastante inteligente para comprender de

qué se trataba. En realidad el chantaje iba dirigido contra ella. Pagaba y pagaba pensando en cómo eliminar a Spencer, que se atrevía cada vez más y ya había dibujado el garabato hasta en una pared de la casa, para asustarla. No me extrañaría que aquella ingestión de barbitúricos que estuvo a punto de costarle la vida a Spencer fuera cosa de Mary, que consiguió engañarle. Yo, mientras tanto, estaba recluida en la clínica de Ferguson. Mary se las había ingeniado para meterme allí, mientras administraba mi fortuna. Y dos veces contrató asesinos para quitarme de en medio.

—Y todo hubiera ido bien para Spencer si Stella no llega a intervenir, ¿verdad? —susurré—. Si ella, cansada de un chantaje cuyo verdadero sentido estaba lejos de imaginar, no hubiese contratado mis servicios.

—Cierto. A partir de ese momento Mary y Spencer se asustaron terriblemente. Sobre todo Spencer, a pesar de que él tenía menos que perder. Cuando lo vio todo hundido terminó volando a través de una ventana... Pero Mary aún quiso salvarse. Aún quiso eliminarte a ti y eliminar a Stella para tener ella sola la herencia. Su ambición, sus sueños de grandeza no conocían límites. Y ha estado a punto de conseguirlo...

En aquel momento llamaron a la puerta.

Era la policía.

Judith musitó:

—Curtis... ¿Tú besaste a Stella?

—Pues... pues...

—¿No sabrías besarme a mí? Cree que en este momento lo necesito. Necesito apoyarme en alguien o algo. Necesito tener fe.

Yo también lo necesitaba.

Y como me lo pedían de esa manera...

No abrimos a la policía hasta al menos cinco minutos después. El encargado de la investigación resultó ser el teniente Janiro. Ya estaba harto. Juró que atado de pies y manos y arrastrado por dos mulas me llevaría ante el juez.

—El que le va a llevar ante el juez soy yo —musitó Judith—, y para que le condene a cadena perpetua. En cuanto consiga meterle en el juzgado le juro que sale convertido en mi marido...

Hala. Que aprenda el tío de la tele. Él no se ha llevado nunca una mujer tan pistonuda.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

